

Saddam Hussein

(Saddam Hussein`Abd al-Majid at-Tikriti)

Irak, Presidente de la República

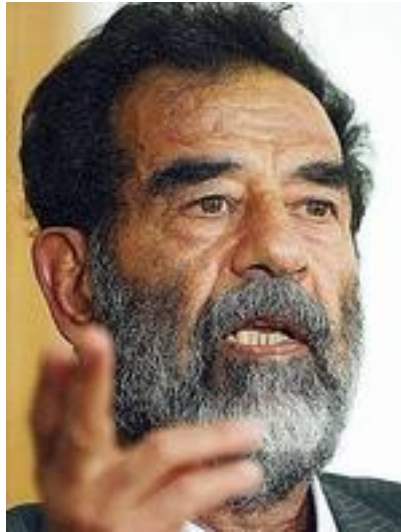
Duración del mandato: 16 de Julio de 1979 - de de

Nacimiento: Al Ajwa, Tikrit, provincia de Salah ad-Din, 28 de Abril de 1937

Defunción: Camp Justice, Al Kadhimiyah, provincia de Bagdad, 30 de Diciembre de 2006</p>

Partido político: Baaz

Profesión: Funcionario de seguridad



Resumen

Una ejecución en la horca grabada en video y rodeada de truculencia puso término el penúltimo día de 2006 a los 69 años de vida del que fuera todopoderoso presidente de Irak desde 1979 hasta abril de 2003, cuando fue derrocado y obligado a esconderse por el Ejército de Estados Unidos, que invadió el país árabe sin el aval de la ONU y con el pretexto de unas inexistentes armas de destrucción masivas. Capturado en diciembre siguiente y condenado al patíbulo tres años después como reo de crímenes contra la humanidad, Saddam, un dictador implacable y megalómano que basó su régimen de terror en el partido Baaz y en una urdimbre de lealtades tribales, provocador de conflictos bélicos y paria internacional, fue juzgado con garantías dudosas a instancias de sus antiguos perseguidos y al fragor de la catastrófica posguerra irakí, en un país asolado por la violencia sectaria, el terrorismo, la insurgencia y las operaciones militares.

Biografía

1. De conspirador violento a dirigente expeditivo
2. Factótum en la cúpula de partido Baaz
3. Asunción de todo el poder y campaña bélica contra Irán
4. Invasión de Kuwait y segunda guerra del Golfo
5. Rebeliones internas y el castigo de los vencedores
6. Porfía con Estados Unidos en el escenario posbélico
7. La implacabilidad del ejercicio del poder
8. Una sórdida historia de avatares familiares
9. Intentos de superar el aislamiento exterior
10. Inclusión en el eje del mal y objetivo a batir por la administración Bush
11. Prolegómenos, razones explícitas y motivos ocultos de una guerra ilegal
12. Tempestad internacional en torno a la inspección del desarme
13. Fracaso de la diplomacia de la ONU e invasión por Estados Unidos
14. Desarrollo de la ofensiva, conquista de Bagdad y derrocamiento del régimen
15. El clandestino más buscado en un país ocupado y exangüe
16. Endurecimiento de la resistencia y captura final por el Ejército estadounidense
17. La hora del rendimiento de cuentas ante la justicia

18. Un caótico juicio con sentencia de muerte

1. De conspirador violento a dirigente expeditivo

Saddam Hussein Abd al-Majid at-Tikriti nació en el seno de una familia de campesinos sin tierras de la aldea de Al Ajwa, mísero asentamiento de cabañas de adobe a orillas del río Tigris y sito a ocho kilómetros de Tikrit, una pequeña ciudad de provincias con un presente de pobreza y subdesarrollo. La parentela familiar pertenecía al clan Al-Bejat de la tribu de musulmanes sunníes de Al-Bu Nasir, dominante en la región, que luego se aliaría en una federación con las tribus Al-Bu Ajil y Al-Shayaisha.

El padre, Hussein al-Majid, falleció sólo meses antes de nacer el niño, si bien fuentes biográficas sugieren que abandonó a su esposa, Subha Tulfah (fallecida en 1983), ya fuera poco antes o poco después de venir al mundo Saddam, y, de paso, que pudo no haber sido su padre biológico siquiera. Sea como fuere, desde los diez años Saddam quedó al amparo de su tío materno, Jairallah Tulfah, sunní devoto y riguroso oficial del Ejército que en 1941 fue expulsado del mismo y encarcelado por su militancia antibritánica y pronazi. Tras ser liberado en 1946, Tulfah, que era también un anticomunista visceral, se ganó la vida como maestro de escuela en Tikrit.

El muchacho empezó a recibir la educación primaria a los nueve años, si bien mientras vivió con el segundo marido (y primo carnal, a la sazón) de su madre, Hassán al-Ibrahim, recibió un trato brutal, fue obligado a pastorear rebaños de cabras o a realizar trapicheos y hurtos para subvenir las necesidades de un núcleo familiar que no generaba rentas de trabajo, y apenas asistió a clase. Con todo, consiguió terminar la primaria y en 1955 se trasladó a Bagdad junto con su familia de adopción para proseguir su formación en el instituto de secundaria Al Jark, foco de un radicalismo estudiantil que se nutría del odio a la monarquía hachemí reinante y a Estados Unidos y el Reino Unido, los cuales adoptaron aquel año el Pacto de Bagdad para preservar la región de las influencias comunistas.

El contacto con el ambiente político de Bagdad le separó a Saddam de su inicial educación religiosa y tradicional. En 1957, luego de ser rechazado en la Academia Militar por su pobre currículum escolar e influenciado decisivamente por su tío, que en estos años aparece como el mentor ideológico del futuro dirigente, se incorporó al entonces minúsculo Partido del Renacimiento Árabe Socialista (Baaz), seducido por sus ideales laicos, nacionalistas y

revolucionarios. Notorios anticolonialistas irakíes habían nacido en el área de Tikrit, a 160 km al noroeste de Bagdad, que fue también la patria de Saladino, el gran sultán kurdo-turco conquistador de Jerusalén a los cruzados en 1187.

Joven de físico intimidador, naturaleza violenta y pendenciera, y partidario de la acción directa, los biógrafos no oficiales remontan el primer asesinato político de Saddam, el de un militante comunista de Tikrit y mediante un disparo en la cabeza, a octubre de 1958. Estas mismas fuentes aseguran que dicho crimen, al parecer, instigado o medio ordenado por Jairallah Tulfah, les valió a sobrino y tío compartir celda en la prisión de la ciudad durante medio año.

Una vez liberado por falta de pruebas, la dirección del Baaz incluyó a Saddam, entonces valorado únicamente por sus dotes de esbirro, en un comando de diez hombres con la misión de asesinar al primer ministro Abdel Karim Kassem. Éste, general del Ejército, había derrocado la monarquía hachemí el 14 de julio de 1958, en un sangriento golpe de Estado que costó la vida al joven rey Faysal II, al primer ministro Ahmad Mujtar Baban, al ex primer ministro Nuri as-Said y al antiguo regente Abdallah ibn Alí, y que había dado paso a una dictadura militar de tipo nacionalista, antioccidental y prosoviética, pero al mismo tiempo enemiga declarada del nasserismo y el panarabismo socializante que esgrimía el Baaz.

El 7 de octubre de 1959 el comando de Saddam ametralló en una emboscada el vehículo de Kassem en el centro de Bagdad. A diferencia de su chófer y su edecán, el general pudo salvar la vida con heridas leves gracias a que, según parece, Saddam pretendió apuntarse el mérito del magnicidio e incurrió en precipitación abriendo fuego a destiempo. Herido en la pierna izquierda, protagonizó, siempre según la leyenda oficial, una rocambolesca fuga. Como ningún médico quería curarle, él mismo se sacó la bala de la pantorrilla con una hoja de afeitar. Consiguió llegar a Tikrit y de ahí partió, a través de Siria, a Egipto, a donde llegó el 21 de febrero de 1960. En Bagdad le aguardaba una sentencia a muerte in absentia.

Colocado bajo la protección del rais Gamal Abdel Nasser, en El Cairo Saddam retomó la actividad política en el Mando Regional egipcio del Baaz, así como los estudios en la escuela superior Al Qasr An Nil, donde terminó su educación secundaria. Muy interesado en su instrucción, en 1962, becado por el Gobierno egipcio, se matriculó en la Facultad de Derecho de la universidad capitalina, donde no pudo terminar la carrera por las circunstancias políticas y quizá por sus limitaciones académicas. De todas formas, en 1971, ya aupado al poder en Irak, Saddam obligó a la Universidad Al Mustansiriya de Bagdad a otorgarle el diploma de jurista, según se asegura, compareciendo a los exámenes vestido de uniforme y -no pudo ser más contundente la intimidación- depositando su pistola sobre el pupitre a la vista de alumnos y profesores.

El 8 febrero de 1963 Kassem fue derrocado y ejecutado en un golpe conjunto de baazistas y nasseristas dirigido por el coronel Ahmad Hassán al-Bakr, alto dirigente del Baaz y pariente de Saddam (era un primo de su madre y del tío Jairallah Tulfah), que dejó un elevado número de cadáveres en Bagdad al ofrecer resistencia los efectivos afectos y los militantes comunistas. Bakr se convirtió en primer ministro y el nasserista Abdel Salam Muhammad Aref en presidente de la República y el Consejo del Mando Revolucionario (CMR), o junta político-militar. Sin dilación, Saddam retornó de Egipto junto con otros exiliados para ponerse al servicio de las nuevas autoridades e integrarse en las estructuras del Baaz, donde pasó a desempeñar labores de inteligencia, de seguridad interna del partido y de persecución de enemigos políticos, con los comunistas como víctimas predilectas.

Antes de terminar el año, en noviembre, se produjo la depuración de los ultraviolentos baazistas civiles, el ala izquierdista encabezada por Alí Salih as-Saadi, el secretario general del partido ya destituido en el verano como ministro del Interior, merced a la alianza entre la facción militar del Baaz, más moderada y leal a Bakr, quien perdió, empero, el puesto de primer ministro, y los nasseristas de Aref, el cual por su parte aprovechó las divisiones internas en sus cada vez más incómodos compañeros de viaje para asegurarse todo el poder en el CMR y establecer la Unión Socialista Árabe como virtual partido único. Saddam permaneció fielmente del lado de Bakr,

testimoniando su apego, fundamentalmente, y por no decir exclusivamente, a los vínculos de paisanaje y de sangre, lo que favoreció su aceptación como baazista de pleno derecho y miembro del Mando Regional del partido.

Sobre este fondo permanente de violencias y tensiones, en octubre de 1964 Saddam, fue arrestado, no sin recibir a tiros a los oficiales que venían a prenderle, bajo la acusación de conspirar contra la vida del jefe del Estado. En 1965 seguía en prisión cuando el VIII Congreso Regional del Baaz le eligió vicesecretario general del Mando Regional irakí, teniendo como único superior a Bakr, que había recobrado la libertad después de conocer su propia experiencia carcelaria.

En otro episodio que cimentó su aureola de hombre indómito, en julio de 1966 Saddam consiguió evadirse de la cárcel aprovechando su traslado a otro centro, aunque se sospecha que el Gobierno pudo facilitar esta huida, extremo que, de ser cierto, suscita especulaciones sobre un posible doble juego de Saddam. Tres meses atrás, Aref había perecido en un accidente de helicóptero y le había sucedido en la Presidencia su propio hermano, Abdel Rahmán Muhammad Aref, un nasserista bastante tibio cuya falta de implacabilidad le convertía en blanco fácil de todo tipo de complots, en un país donde las luchas políticas se dirimían y se dirimen a tiros.

Desde la clandestinidad, Saddam organizó una milicia baazista, el Jihaz Haneen, que iba a jugar un papel decisivo en el golpe de Estado perpetrado por Bakr el 17 de julio de 1968. Aref fue derrocado con suma facilidad, no hubo derramamientos de sangre y el Baaz retornó al poder, pero esta vez con la intención de usufructuarlo en exclusiva. En marzo anterior, el Baaz irakí se había separado definitivamente del Baaz de Siria, donde ostentaba el poder desde 1963, así que el Mando Regional de Bagdad, con Bakr como secretario general y Saddam como vicesecretario, pasó a funcionar con independencia del Mando Nacional (es decir, supranacional), el cual formalmente siguió existiendo bajo la jefatura de uno de los fundadores del partido histórico, el cristiano sirio Michel Aflak, que fijó su residencia en Bagdad, y cooptado de hecho por el poder irakí.

Luego de tomar parte activa en el asalto al poder, concretamente en la captura del palacio presidencial, Saddam recibió de Bakr el encargo de organizar el aparato de seguridad e inteligencia del nuevo régimen. Su primer cometido fue deshacerse, el 30 de julio, de dos altos mandos militares no baazistas cuyo concurso en el reciente golpe había sido necesario, los generales Abdel Razzaq Said an-Najif e Ibrahim al-Daud, los cuales habían accedido a sumarse a la conjura contra Aref a cambio de ser nombrados primer ministro y ministro de Defensa, respectivamente. Najif fue prendido por Saddam en persona a punta de pistola en el palacio presidencial de Bagdad. En cuanto a Daud, se enteró de su destitución cuando estaba en Jordania inspeccionando las tropas irakíes estacionadas en el país vecino desde la Guerra de los Seis Días. Ambos fueron enviados al exilio.

2. Factótum en la cúpula de partido Baaz

En tanto que hombre de la máxima confianza de Bakr -presidente de la República, presidente del CMR y primer ministro- y cancerbero servil del régimen, Saddam inició un ascenso irresistible a la cúpula del poder político. Tras el llamado "golpe correccional" del 30 de julio de 1968 fue designado vicepresidente en funciones del CMR y en noviembre de 1969 se convirtió en vicepresidente de la República y el CMR le confirmó como su vicepresidente.

Como prolegómeno de esta última promoción, Saddam se encargó de ajustar cuentas con el ex primer ministro nasserista (1965-1966) Abdel Rahmán al-Bazzaz: arrestado, torturado y condenado a 15 años de prisión en octubre de 1969, Bazzaz terminó siendo ejecutado en 1973. Incansable, Saddam puso su mirada ahora en dos poderosos jerifaltes militares baazistas que él veía amenazadores para su proyecto de poder.

Estos eran el general Hardán Abdel Ghafar at-Tikriti, viceprimer ministro, ministro de Defensa y eminencia gris del golpe de 1968, que fue defenestrado el 5 de octubre de 1970 y mandado

liquidar en Kuwait el 30 de marzo de 1971, y Salih Mahdi Ammash, el otro vicepresidente del CMR así como ministro del Interior, que en septiembre de 1971 fue rebajado al puesto de embajador en Moscú y que una década más tarde iba a morir en activo, en principio por causas naturales. Ahmad Shihab y Saadun Ghaydán se hicieron cargo de los ministerios de Defensa e Interior, respectivamente.

La desaparición de aquellas dos personalidades representó el triunfo de Saddam y la rama civil del Baaz sobre el estamento militar, una cuestión que el futuro dictador había perseguido con ahínco. Libre ya de potenciales rivales por la sucesión de Bakr, Saddam se erigió en el indiscutible lugarteniente del presidente y en el principal delegado de la política irakí tanto interior, al coordinar las centrales de inteligencia y la policía secreta, como exterior, al pasar a asumir lo esencial de las misiones de representación diplomática ante los países con los que Irak tenía relaciones.

Saddam jugó también un papel fundamental en la trascendental decisión del régimen, el 1 de junio de 1972, de nacionalizar la Compañía de Petróleos Irakí (IPC), operación que generó un fabuloso incremento de los ingresos petroleros y que a partir de 1976 permitió impulsar los programas de armamento de destrucción masiva, tanto nuclear como químico y bacteriológico, así como el rearme a gran escala en las categorías de armamento convencional.

Por lo que se refiere a la política exterior irakí de estos años, el radicalismo y la belicosidad de los baazistas, especialmente intransigentes con Israel, bien hizo fluctuantes los tratos con Siria, Irán y la URSS, bien los dificultó extraordinariamente con la mayoría de los demás países árabes. La aparatosa intervención militar siria en Líbano en 1976 para impedir la derrota de los cristianos derechistas frente a los palestinos y las milicias libanesas de izquierda marcó un fuerte deterioro en las relaciones con el país vecino y rival, desde 1970 dirigido con mano de hierro por Hafez al-Assad, un militar baazista hostil -al igual que Saddam- a las veleidades marxistas en la rama siria del partido.

Precisamente, como se apuntó arriba, a raíz del cisma ideológico con Damasco el Baaz irakí recibió el parabién de Michel Aflak, acogido de buena gana en Bagdad, donde se recordaba la protección brindada por el prestigioso ideólogo a Saddam cuando su exilio damasceno en 1959-1960. Un último intento de aproximación sirio-irakí entre 1978 y 1979, al calor de las catilinarias comunes contra el Egipto de Anwar as-Sadat por sus acuerdos de paz con Israel, que incluso decidió restablecer el mando unificado del Baaz, se frustró cuando Saddam se hizo con todo el poder. Poco antes de esta mudanza, el 29 de enero de 1979, Saddam llegó a entrevistarse con Assad en Damasco.

Finalmente, el 10 de octubre de 1980, después de que los sirios apoyaran a Irán frente a la agresión militar irakí, Saddam ordenó la ruptura de relaciones diplomáticas con Siria (y de paso con Libia, su aliado); en lo sucesivo, Saddam y Assad se iban a considerar enemigos mortales de sus respectivos proyectos de engrandecimiento nacional y de liderazgo en el mundo árabe.

El 6 de marzo de 1975 Saddam firmó en Argel con el sha Mohammad Reza Pahlevi un acuerdo para la delimitación fronteriza del Chatt Al Arab, la confluencia de los ríos Tigris y Éufrates antes de desaguar en el golfo Pérsico, por el que Irak cedía la orilla izquierda del estuario a cambio del cese por Irán de su ayuda a la guerrilla kurda, que, como consecuencia fulminante, se derrumbó tras 14 años de lucha.

Por la parte soviética, Saddam viajó a Moscú en 1971 y el 7 de abril de 1972 devolvió la visita el primer ministro Aléxsei Kosygin, para la firma de un Tratado de Amistad y Cooperación de 15 años de validez. La firme línea prosoviética de Irak en estos años se tradujo, en 1973, en la entrada en el Gobierno de ministros comunistas, todo un viraje al cabo de tantos años de sañudas persecuciones, si bien la novedad resultó efímera y en vísperas de su salto a la Presidencia Saddam retornó al exterminio de comunistas con más bríos que nunca.

La URSS fue en estos años el principal proveedor de armamento convencional de Irak, mientras que Francia se avino a vender la infraestructura necesaria y uranio enriquecido para sacar adelante el ambicioso programa nuclear, enmascarado como para usos civiles, cuyo florón era el reactor atómico experimental Tammuz, en Al Tuwaitha, en las inmediaciones de Bagdad.

Esta instalación fue destruida en un raid aéreo israelí el 7 de junio de 1981, propinando un golpe prácticamente de gracia a los perturbadores sueños de grandeza de Saddam, resuelto a convertir Irak en la primera potencia nuclear del mundo árabe. Semejante perspectiva, con toda lógica, resultaba intolerable a Israel, que fundaba su concepto de supervivencia como Estado en un mar de hostilidad árabe en la supremacía tecnológica en todos los niveles de la defensa y en la capacidad de disuasión por la tenencia, encubierta oficialmente pero por todos conocida, de su propia capacidad nuclear.

3. Asunción de todo el poder y campaña bélica contra Irán

El 16 de julio de 1979, culminando una paulatina socavación de autoridad y de poder, Saddam apartó del mando nominal a Bakr, el hombre a cuya sombra había hecho lo fundamental de su carrera y que a estas alturas era básicamente una figura decorativa. El veterano baazista fue oportunamente jubilado en una alternancia palaciega absolutamente limpia que contó con la resignada aquiescencia del afectado, responsable de comunicar a la nación su propia purga disfrazada con razones de salud y probablemente bajo amenazas del beneficiario.

Se trató de la quinta mudanza en la primera poltrona del país en 21 años, pero la primera en la que no mediaron circunstancias dramáticas. Después de anunciarse la defunción de Bakr el 4 de octubre de 1982 como víctima de una larga enfermedad, resultó inevitable que se propalara la especie de que Saddam había tenido que ver con el deceso.

Saddam adquirió todas las atribuciones de su antiguo protector: presidente de la República, presidente del CMR, primer ministro, secretario general del Baaz y comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. A pesar de carecer de cualquier formación castrense, Saddam ostentaba el galón de teniente general desde 1973 y el de general desde enero de 1976. Pero ahora no tuvo reparos en autonombrarse mariscal de campo del Ejército irakí.

Apoyado en sus familiares y paisanos de Tikrit y en el factor sunní, e insistiendo en el método de la eliminación física de los que consideraba sus enemigos, Saddam implantó una férrea dictadura personal y se dispuso a hacer realidad su ambición de liderar la nación árabe, huérfana de un conductor carismático desde la muerte de Nasser en 1970. Entonces, Egipto, el más importante país árabe, se encontraba marginado debido a la estrategia pacifista con Israel del presidente Sadat. Fue precisamente en Bagdad el 31 de marzo de 1979, cinco días después del tratado de paz egipcio-israelí, donde la Liga Árabe, reunida con urgencia, resolvió castigar a Egipto con la suspensión de pertenencia y la ruptura de relaciones diplomáticas por los estados miembros.

Sólo unos días después de la asunción presidencial de Saddam se practicaron una serie de arrestos que afectaron a cinco miembros del CMR, inclusive su secretario general, Abdel Hussein Mashhadi, y a cientos de cuadros baazistas, oficiales del Ejército y responsables gubernamentales. Tras acusarles por sorpresa en un mitin del partido que se reveló como un juicio con sentencia dictada de antemano tan grotesco como sumarísimo, el 8 de agosto fueron pasadas por las armas una veintena de personalidades supuestamente involucradas en tratos conspirativos con Damasco, aunque su pecado no era otro que haberse opuesto a la defenestración de Bakr y al ascenso de Saddam. Y aún ese, ya que sólo Saddam, director de este brutal drama con que quiso inaugurar su despotado, conocía los motivos que sellaron la suerte de unos y dejaron con vida a otros.

Entre los ejecutados estuvieron Muhy Abdel Saddam, secretario del CMR, y el histórico ideólogo baazista Abdel Jaliq as-Samarraj, en prisión desde julio de 1973 con una cadena perpetua por estar involucrado en un intento de asesinar a Saddam y Bakr orquestado por el entonces jefe del Servicio de Seguridad General o Al Amn Al Amm, Nadhim Kazzar (aquel complot de julio de

1973 fue abortado y terminó con la muerte del ministro de Defensa Shihab, tomado como rehén por Kazzar, y las ejecuciones sumarias del propio Kazzar y de otros 30 oficiales de la Seguridad General y el partido). Antes de la asunción presidencial, el largo brazo de los servicios secretos a las órdenes de Saddam se dividió en el asesinato del ex primer ministro Najif en su exilio londinense el 9 de julio de 1978.

Con posterioridad a la asunción y a las purgas que la prologaron, otras personalidades cayeron víctimas de la inquina de Saddam. Abdel Karim ash-Shaijli, antiguo compañero de correrías baazistas, desde 1968 brillante ministro de Exteriores y miembro del CMR hasta septiembre de 1971, cuando fue degradado al puesto de embajador de Irak ante la ONU, fue impunemente asesinado en 1980 en plena calle de Bagdad, cuando ya estaba retirado del servicio diplomático; los ex miembros del CMR Riyadh Ibrahim y Shafiq Abdel Jabbar al-Kamali fueron fusilados en junio de 1982; y el militar Tahir Yahya, que sirviera como primer ministro dos veces en el régimen de los hermanos Aref, murió en 1986 en la cárcel.

Saddam orientó las relaciones exteriores hacia Occidente. En este sentido, la persecución masiva del Partido Comunista en 1979 dañó irremisiblemente las hasta entonces privilegiadas relaciones con Moscú. Ansioso de convertirse en el nuevo gendarme del golfo Pérsico tras el derrocamiento del sha en febrero de 1979 en la revolución liderada por el ayatollah Ruhollah Jomeini (exiliado en Najaf, ciudad santa del shiísmo, hasta que fue expulsado por orden de Saddam en 1978 a demanda del sha), el presidente irakí empezó por minar los acuerdos de Argel de 1975, que hasta entonces ambas partes habían respetado escrupulosamente; primero, reclamando las islas Tumb, que Irán se había atribuido en 1971 luego de desbaratar Saddam un intento de golpe de oficiales armados por Teherán, y a continuación, reanudando la ayuda a la comunidad árabe del Juzestán, en el oeste de Irán.

La amenaza de las autoridades de Teherán con exportar la revolución islámica a Irak y sus llamamientos a los millones de shiíes locales para que se rebelaran contra los gobernantes "impíos" de Bagdad (lo que de alguna manera ya estaba sucediendo desde 1977), brindaron a Saddam el pretexto para lanzar una guerra relámpago cuyo objeto sería, más que destruirla, derrotar a la República Islámica en el campo de batalla para luego arrancarle un tratado de paz favorable, con la ampliación de la exigua franja costera irakí en el Golfo como principal cesión.

En el verano de 1980, con los ecos de una limpieza religiosa que alcanzó a decenas de miles de ciudadanos shiíes, despojados de sus propiedades y deportados a Irán, y en el caso de sus dirigentes, ejecutados, Saddam consideró madura la situación por las grandes dificultades que hallaba para consolidarse el régimen revolucionario, el cual, desgarrado por disidencias de toda índole y con el Ejército diezmado por las purgas de los jomeinistas, parecía precisar sólo una presión adicional para desmoronarse. El 17 de septiembre el Gobierno de Bagdad declaró derogados los acuerdos de Argel al tiempo que acusaba a Teherán de "violaciones repetidas y flagrantes de la soberanía irakí". El 22 de septiembre el Ejército irakí invadió Irán por diversos puntos, desbordando una defensa desorganizada y avanzado con rapidez.

Los éxitos iniciales de las huestes de Saddam, empero, no pudieron culminarse por la dispersión de los objetivos a tomar y para enero de 1981 Irán pasó a la contraofensiva. La reacción persa, cuya inicial debilidad militar quedó compensada por la exaltación del martirio de sangre y el ardor fanático de los Guardianes de la Revolución, los Pasdarán, lanzados en masa contra las defensas irakíes en sucesivas ofensivas de infantería al estilo de la Primera Guerra Mundial, colocó al dictador irakí ante la perspectiva imprevista de una larga guerra de desgaste a lo largo de un estrecho frente de trincheras en las marismas del Chatt Al Arab, para la que sus tropas no estaban preparadas a menos que se las dotara del más moderno armamento y en enormes cantidades.

Entonces salió a relucir la impericia militar de Saddam como comandante en jefe, que había comenzado el conflicto sin tener una idea clara de cómo terminarlo, tendía a sobrevalorar sus fuerzas, era rígido en su táctica y un estratega aún peor, amén de entrometerse hasta en los más nimios detalles de las operaciones, desorientando a los militares de carrera. Confrontado

con los reveses en el frente, Saddam podía mandar fusilar a oficiales que se habían replegado, una práctica que en nada ayudó a la moral de los hombres bajo su mando. Si en el bando iraní el acicate de la combatividad era la religión y el orgullo nacional de la patria agredida, en el iraní pesaba sobre todo el miedo a la represalia de Saddam.

El 27 de septiembre de 1981 los iraníes levantaron el cerco a su ciudad de Abadán y el 24 de mayo de 1982 recuperaron la cercana Jorramshahr, capturada por los iraníes al mes de comenzar la guerra. El general iraní responsable de las operaciones en el sector respondió del desastre ante el pelotón de ejecución, aunque no faltan fuentes que apuntan, como en otros sucesos similares anteriores y posteriores, a su eliminación personalmente por Saddam pistola en mano. Para junio de 1982 Irak había perdido la totalidad del suelo iraní invadido dos años atrás y el 14 de julio hubo de defender su propio territorio cuando el enemigo se lanzó en tromba tras la frontera para la conquista de Basora.

Para contener las oleadas de atacantes iraníes, Saddam aumentó los pedidos de armas a Occidente, empleó gases tóxicos en el frente (desde Teherán, Jomeini ordenó no responder con la misma arma), y para desasirse de una guerra ruinosa, multiplicó las ofertas de alto el fuego sobre la base del Acuerdo de Argel, sin otro deseo que hacer borrón y cuenta nueva de lo sucedido y regresar a las posiciones anteriores a la invasión de septiembre de 1980.

También estrechó los lazos con los regímenes árabes moderados, como Egipto, Jordania y las monarquías del Golfo, todos los cuales estaban interesados en la neutralización de la amenaza iraní. El 18 de marzo de 1985 viajaron a Bagdad para expresarle su apoyo el rey Hussein de Jordania y el presidente egipcio Hosni Mubarak, a pesar de que oficialmente, por mandato de la Liga Árabe, Bagdad y El Cairo no tenían relaciones diplomáticas; éstas se restablecieron en noviembre de 1987 luego de así autorizarlo la Liga Árabe en su cumbre de Ammán.

Con el objeto de contrarrestar el discurso de Teherán, que le trataba de apóstata, Saddam ensayó la retórica religiosa, de la que en la década siguiente iba a dar rienda suelta en su enfrentamiento con Estados Unidos, y del choque de civilizaciones, presentando la guerra como el último episodio del enfrentamiento multiseccular entre los árabes sunníes y los persas shiíes. La reclamación de legitimidad religiosa por un dirigente absolutamente laico que hasta entonces no había dado muestras de piedad u observancia islámicas incluyó el proclamarse descendiente directo del Profeta Mahoma. En este regateo de la clientela espiritual con Teherán, Saddam no tuvo empacho en presentar un árbol genealógico "revisado", irrisoriamente burdo y ofensivo para los creyentes, en el que hacía remontar su estirpe hasta el califa Alí, yerno del Profeta y primer imán del shiísmo.

Para Europa Occidental y Estados Unidos, potencia que el 26 de febrero de 1982 le borró de su lista de países patrocinadores del terrorismo internacional, sólo tres años después de haberle incluido, y que el 26 de noviembre de 1984 restableció las relaciones diplomáticas interrumpidas en 1967, Irak era un valladar frente al expansionismo shií en particular e islámico en general, luego les interesaba invertir en la victoria de Saddam.

En esta línea de apoyo y refuerzo de las opciones militares de Saddam se inscribió la visita el 19 de diciembre de 1983 de Donald Rumsfeld, ex secretario de Defensa de Estados Unidos y ahora enviado especial del presidente Ronald Reagan para Oriente Próximo, supuestamente para ofrecerle imágenes por satélite de las posiciones iraníes, helicópteros de combate, agentes para sintetizar gas sarín y hasta cultivos bacterianos para desarrollar bombas de ántrax y botulismo.

El caso fue que, hasta el final de la guerra, Saddam recibió de Estados Unidos todo este material, con especial énfasis en la información de inteligencia sobre las posiciones y capacidades militares iraníes. La contribución al arsenal bacteriológico iraní por la superpotencia americana habría incluido también una cepa del virus de la fiebre del Nilo occidental. Igualmente, países como el Reino Unido, Alemania, China y, sobre todo, Francia, se

cuidaron de que los arsenales irakíes estuvieran bien pertrechados, tanto los convencionales como los de destrucción masiva.

Como la URSS tampoco veía con buenos ojos al jomeinismo por un eventual contagio desestabilizador de sus repúblicas musulmanas, pese al desagrado que le habían causado los encarcelamientos y ejecuciones de comunistas en Irak, siguió suministrando armamento en secreto. Ello convirtió a Irak en un raro caso de múltiple clientelismo en la Guerra Fría.

Desde comienzos de 1983 la guerra entró en un punto muerto, de equilibrio entre el potencial humano iraní y la superioridad cualitativa irakí. Saddam intentó arrancar el armisticio mediante el bombardeo con aviación y misiles de la retaguardia iraní, tanto objetivos urbanos como los nudos de producción y de distribución de petróleo. También terminó por ordenar la movilización de todos los hombres en edad de luchar que no fueran imprescindibles para mantener en marcha la maquinaria de la sociedad y la economía irakíes.

La escalada de la batalla económica, con sus fases de guerra de las ciudades y guerra de los petroleros, puso en serio peligro la navegación en el golfo Pérsico y alarmó a los gobiernos de las grandes potencias. Éstos enviaron una flota de buques de guerra para escoltar el comercio del crudo, y, de paso, ofrecer una cortina protectora para las represalias aéreas de Irak contra los petroleros, puertos y terminales iraníes, aunque también empezaron a apostar, a través de la ONU, por un alto el fuego satisfactorio para ambas partes.

En febrero de 1986 el Ejército iraní, en una gran ofensiva relámpago, Aurora VIII, atravesó el Chatt Al Arab, tomó el puerto de Al Fao, del que arrancaba el oleoducto submarino que conectaba con las terminales petroleras offshore de Jor Al Amaya y Mina Al Bakr, aniquiló a los 10.000 soldados irakíes que lo defendían y avanzó en dirección a la frontera con Kuwait, mientras otra pinza amagaba contra Basora por el norte.

Pero el Ejército de Saddam aguantó su más serio aprieto desde el comienzo de la guerra y en los meses siguientes evitó las caídas de la citada segunda ciudad del país y del puerto de Umm Qasr, a tiro de piedra de territorio kuwaití, que era la última salida al mar que le quedaba a Irak. Las desesperadas ofensivas Karbala de 1986 y 1987 se estrellaron una y otra vez contra las bien pertrechadas defensas irakíes, mientras que en el Golfo, Estados Unidos adoptó una posición de beligerancia activa contra Irán.

La balanza militar empezó a inclinarse del lado de Irak, que retomó la iniciativa en el Kurdistán y los frentes meridionales. El 18 de abril de 1988 los irakíes recuperaron en pocas horas Al Fao y en las semanas siguientes reconquistaron todos los territorios propios perdidos desde 1982. Poco antes, el 16 y el 17 de marzo, su aviación había atacado con gases mostaza, sarín, tabún y VX la población kurda de Halabja, en la provincia de Sulaymaniyah, que había sido conquistada en la víspera por los iraníes con el apoyo de guerrilleros kurdos, matando entre 3.000 y 5.000 civiles.

La masacre de Halabja, que no fue sino el episodio más publicitado de una vasta operación militar antikurda cuyo nombre clave era Anfal (en árabe, botín), desarrollada en ocho ofensivas aeroterrestres hasta septiembre de 1988, suscitó en círculos oficiales el primer debate serio sobre el uso que el dictador irakí estaba haciendo de las armas que se le suministraban, además de recordar la existencia de una guerra de exterminio, con visos de genocidio, en el Kurdistán. Pero no hubo exactamente un revuelto internacional. Los medios de comunicación insertaron el espantoso episodio en el reguero diario de informaciones que generaba la interminable guerra del Golfo, desdibujando su dimensión y significado.

Como había sucedido con las denuncias por la ONU del uso de armas químicas en los frentes iraníes en los años anteriores, los gobiernos occidentales, con el de Washington a la cabeza, prefirieron desdramatizar lo sucedido en Halabja y manejaron el asunto de una manera tal que parecía que lamentaran que no hubiesen sido los iraníes los autores de aquel horror. Estados Unidos dio otras muchas muestras de condescendencia con Saddam. Así, marcando un

asombroso contraste con la actitud desplegada sólo tres años más tarde ante la invasión de Kuwait, Washington aceptó de buenas a primeras las disculpas irakíes por el bombardeo por error con un misil Exocet de la fragata USS Stark, el 17 de mayo de 1987, que mató a 28 marineros.

Confrontada con la evidencia de que Occidente no iba a permitir la derrota militar de Irak y agotada por el terrible coste humano de la contienda, el 18 de julio Irán transigió y aceptó la resolución 598 del Consejo de Seguridad de la ONU del 20 julio de 1987 que llamaba al alto el fuego pero no determinaba al agresor, el cual, objetivamente, no era otro sino Irak. El 26 de julio Bagdad anunció la retirada de los territorios ocupados en el Juzestán, el 8 de agosto las delegaciones negociadoras acordaron el cese de hostilidades y el 20 de agosto la guerra concluyó oficialmente, si bien las armas callaron al menos diez días antes.

4. Invasión de Kuwait y segunda guerra del Golfo

Irak salió de la guerra con un pírrico estatus de vencedor, si se considera la evolución de la contienda desde 1987, no así en su conjunto, pero el país estaba exangüe tras ocho años de lucha extremadamente letal que le había causado de 200.000 a 300.000 muertos entre militares y civiles (las bajas iraníes fueron, como mínimo, tres veces superiores) y enormes destrucciones en infraestructuras económicas clave. Por el contrario, las Fuerzas Armadas fueron rápidamente repuestas con nuevas remesas de armamento importado de los países proveedores.

Los costes de la reconstrucción, unos 230.000 millones de dólares, y el pago de la deuda adquirida con las monarquías del Golfo, otros 85.000 millones (de los que tres cuartas partes correspondían a la adquisición de armas), produjeron fuertes desequilibrios en las balanzas de pagos y comercial, para cuya corrección los ingresos del petróleo se mostraron insuficientes. El volumen de las exportaciones en 1989, 14.200 millones de dólares, no cubrió siquiera los costes combinados del servicio de la deuda y la importación de alimentos aquel año. A las dificultades económicas se añadió la perturbación social causada por la desmovilización de cientos de miles de combatientes.

Confiado de la tolerancia de Estados Unidos, un país siempre ligado a su trayectoria y no pocas veces en un sentido positivo para él (mucho se ha hablado sobre hipotéticos contactos con la CIA, ya en las primeras etapas de su carrera, en los primeros años sesenta) y el poderío militar de Irak, descrito entonces como entre los más temibles del mundo, al menos cuantitativamente, Saddam planeó un envite formidable y arriesgado: la invasión del Emirato de Kuwait.

El pequeño y opulento Estado regido por la dinastía absolutista de los Al Sabah había sido junto con Arabia Saudí el principal sustentador financiero de Irak durante la guerra con Irán, desarrollada ante sus mismas puertas. Pero Kuwait ahora estaba frustrando en el seno de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) las urgencias irakíes a las monarquías del Golfo para que pusieran fin a su política de producir por encima de los topes estipulados, razón del abaratamiento del barril en el mercado internacional, con el consiguiente quebranto para los ingresos de Irak. Desde la lógica de Saddam, la posesión de Kuwait no sólo terminaría con los apuros económicos de Irak, sino que a él le convertiría en el nuevo caudillo del mundo árabe, el nuevo Nasser, y en el árbitro del golfo Pérsico como poseedor de un colosal imperio petrolero.

En julio de 1990 el Gobierno irakí sumó a sus críticas por la producción excesiva de petróleo por Kuwait y su negativa a concederle una moratoria del servicio de la deuda de guerra la denuncia de bombeos ilegales desde 1980 en los pozos compartidos del campo de Rumaila, al oeste de Basora, por lo que exigía compensaciones millonarias. De ahí pasó a reivindicar la soberanía de las islas costeras de Warbah y Bubián para reforzar la salida irakí al mar, limitada a la península de Al Fao y el pedazo de costa anexo, y finalmente cuestionó la misma soberanía de Kuwait, que fuera un mero distrito administrativo de Basora bajo la dominación otomana y luego una provincia que los británicos separaron del reino de Irak en 1932 y a la que otorgaron la independencia por separado en 1961.

Saddam pensó probablemente que el mundo no iba a rasgarse las vestiduras ante una recomposición de fronteras por la fuerza, por una ocupación militar, como había sucedido con las aventuras imperialistas de Estados Unidos y la URSS en el Tercer Mundo, o con las presencias de Israel, Siria, Marruecos, China e Indonesia en Cisjordania, Líbano, Sáhara Occidental, Tíbet y Timor Oriental, respectivamente, todas ellas impuestas a la comunidad internacional como hechos consumados.

Convencido de que Estados Unidos no intervendría en un asunto interno de los árabes y de que estos gobiernos, dependiendo de su orientación política, se limitarían a rezongar un poco, a resignarse temerosos e incluso a apoyarle, Saddam se lanzó a la acción. De hecho, la prensa norteamericana informó que en una entrevista fechada el 25 de julio, la embajadora en Bagdad, April Glaspie, le habría dado a entender a Saddam la neutralidad estadounidense en un conflicto ocasionado por el asunto del supuesto robo de petróleo por Kuwait.

Este extremo sugiere que el dictador irakí se sirvió de la ambigüedad de la embajadora para emprender su agresión contra el emirato, o que acaso no interpretó bien sus palabras. Tampoco han faltado elucubraciones sobre que Saddam pudo haber caído en una especie de maquiavélica trampa: ser medio invitado a invadir Kuwait para luego toparse con el muro bélico de Estados Unidos, que supuestamente habría prefabricado la crisis con el objeto de rentabilizar una serie de ventajas estratégicas y satisfacer determinados intereses económicos propios, por de pronto, llenar las arcas de sus multinacionales petroleras a fuer de la escalada del precio del barril de crudo.

Fuera lo que discurriera entre bambalinas y en la mente de Saddam, siempre calenturienta a tenor de su trayectoria, el hecho es que en las primeras horas del 2 de agosto de 1990, después de varios días de movimientos de tropas en la frontera, 120.000 soldados irakíes invadieron Kuwait sin encontrar mayor resistencia. La conmoción internacional originada reveló de inmediato que, como en 1980 con Irán, Saddam había errado garrafalmente el cálculo. Estados Unidos, alarmado por la drástica alteración estratégica en el Golfo y la indefensión de Arabia Saudí, puso en marcha una imponente maquinaria bélica, la Operación Escudo del Desierto (Desert Shield), que movilizó a más de medio millón de soldados de esa nacionalidad, y enroló a una vasta coalición de países para obligar a Irak a dar marcha atrás.

Invocando el derecho internacional violado, las potencias occidentales se movilaron en el ámbito de la ONU y auspiciaron un rosario de resoluciones de condena y sanción contra Irak, la primera de las cuales, la 660, se aprobó el mismo día de la invasión con 14 votos a favor y una abstención (la de Yemen), mientras que la segunda, la 661, el día 6, le impuso un embargo económico total.

Los gobiernos más involucrados espolearon también una campaña de demonización de Saddam. De la noche a la mañana, el dirigente irakí fue presentado a las estupefactas sociedades occidentales por los medios de comunicación públicos y también por la mayoría de los privados como un dictador brutal (oprobioso término que hasta el 2 de agosto rara vez se le había endilgado), el nuevo Hitler de Oriente Próximo y una amenaza intolerable para la seguridad internacional, pues controlando las grandes reservas mundiales de petróleo tenía la llave para desatar una crisis energética global.

Conforme pasaban las semanas se fue mostrando la magnitud del yerro de Saddam. La URSS de Mijaíl Gorbachov atravesaba una situación interna muy delicada y no estaba en condiciones de ejercer el tradicional contrapeso internacional de Estados Unidos. Moscú se limitó a proponer salidas negociadas de la crisis, pero implícitamente se situó en la coalición antiirakí.

Peor aún, importantes estados árabes se sumaron, y no sólo diplomáticamente, al bando occidental: Egipto, país que hasta entonces había mantenido unas excelentes relaciones con Irak, Siria y Marruecos enviaron tropas a Arabia Saudí, 52.000 entre los tres, y naciones musulmanes no árabes como Pakistán y Bangladesh actuaron de igual manera. Todas las monarquías del Golfo, con la saudí a la cabeza, que aportó 67.000 soldados, corrieron en

socorro de la casa real kuwaití. En total, Escudo del Desierto reclamó a 660.000 soldados de 34 países.

El resto de estados árabes ofrecieron distintos grados de circunspección, tibieza o solidaridad formal que apenas ocultaron su malestar por el caos regional y las posibles repercusiones internas que la agresión irakí había provocado. Sólo los gobiernos de Yemen, Sudán y Mauritania apoyaron abiertamente a Irak como nación hermana acosada por Occidente, pero se trataba de países con poca ascendencia en el concierto de naciones árabes. La Libia de Muammar al-Gaddafi, con la que las relaciones nunca habían sido cálidas (el 12 de septiembre de 1987 quedaron restablecidos los contactos diplomáticos tras siete años de ruptura por causa del apoyo de Trípoli a Teherán), prefirió escurrir el bulto con una ambigua postura antibelicista.

La Jordania del rey Hussein mantuvo una lealtad forzada por la dependencia económica. El aliado de Saddam más cercano geográficamente fue la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) de Yasser Arafat, con quienes había tenido sus más y sus menos en el pasado (Bagdad había sido la retaguardia de los disidentes terroristas Abu Nidal y Wadi Haddad, que en los años setenta intentaron liquidar a Arafat y sus lugartenientes), pero éstos eran los que menos tenían que ofrecerle (y, por el contrario, mucho que perder, como luego se vio).

La Liga Árabe, por mayoría, exigió repetidamente la evacuación de Kuwait y condenó la política agresiva de Bagdad. En la cumbre extraordinaria celebrada en El Cairo el 10 de agosto, 16 de los 20 miembros (aunque tres, Jordania, Mauritania y Sudán, pidieron que se tomara constancia de sus reservas) votaron a favor del envío de la fuerza militar panárabe a Arabia Saudí. En esa votación, se opusieron Libia y la OLP, y se abstuvieron Argelia y Yemen.

Ante tan apurada situación, Saddam no escatimó sus bazas. Haciendo gala de su inveterada falta de escrúpulos, apeló directamente a las masas árabes, que demostraron sus fuertes simpatías proirakíes en las calles, para que derrocaran a sus gobernantes "traidores" a la nación árabe. El discurso nacionalista se revistió del manto religioso -él, como ya se apuntó arriba, un no practicante, si no un agnóstico, que había hecho del laicismo un pilar de su régimen-, recuperado para la circunstancia del baúl de los disfraces ideológicos. El autócrata se autoconcedió los títulos de "El Creyente", "Servidor de Dios" y "Guía de todos los Musulmanes", empezó a comparecer vestido con el atuendo tradicional de beduino y convocó a la guerra santa contra el "infiel", entre otros recursos de populismo islámico.

Saddam manipuló a las opiniones públicas occidentales, donde había importantes sentimientos de rechazo a una "guerra por el petróleo", con el argumento de la injusticia histórica cometida con Irak en la descolonización, que negaría el derecho de existir al Estado kuwaití, y con la amenaza de una hecatombe ecológica y de ingentes bajas entre los soldados de la coalición por causa de las armas químicas. Chantajeó a los gobiernos de los mismos países con la ocupación de sus embajadas y la anulación de los visados a sus residentes en Irak, retenidos como moneda de cambio y escudos humanos frente a eventuales ataques aéreos.

Cuando en los países afectados surgieron iniciativas privadas de intercesión y liberación de los nacionales retenidos (en la mayor parte de los casos estas embajadas las encabezaron ex presidentes y primeros ministros), Saddam no desaprovechó la oportunidad de presentarse como un dirigente razonable y magnánimo, tal que a partir del 6 de diciembre todos los rehenes fueron autorizados a marchar. Asimismo, el dictador intentó romper el bloqueo de la ONU ofreciendo petróleo gratuito a países en vías de desarrollo si acudían a recogerlo personalmente en los puertos de Irak y Kuwait.

Finalmente, Saddam trató de mezclar el problema palestino con la solución de la crisis kuwaití, algo que a él no le reportó ninguna ventaja pero sí grandes perjuicios a los palestinos. El 12 de agosto planteó una iniciativa de paz que fue rechazada según la cual Irak se retiraría de Kuwait si Israel hacía lo propio de los territorios árabes ocupados de Gaza, Cisjordania, el

Golán y sur de Líbano.

Todo ello, por lo que se refiere a la guerra psicológica. En cuanto a las operaciones sobre el terreno, Saddam procedió a la asimilación contrarreloj de Kuwait, declarando su anexión como la decimonovena provincia irakí (8 de agosto), designando unas autoridades de ocupación y renombrando los toponímicos para suprimir toda referencia a la monarquía derribada. Al mismo tiempo, se apuntó un tanto con la aceptación por Irán (14 de agosto) de un futuro acuerdo de paz que daba satisfacción a buena parte de las exigencias de Teherán. Además de reconocer el Acuerdo de Argel y de devolver 1.500 km² de territorio iraní aún ocupado (cosa que cumplió inmediatamente), Saddam propuso el intercambio de prisioneros, los 70.000 irakíes por los 30.000 iraníes.

Estas concesiones equivalían a correr un velo sobre reivindicaciones históricas de Irak y a convertir en completamente estériles los ocho años de guerra, pero de lo que se trataba para Saddam era resguardar su retaguardia de un beligerante potencial. El 9 de septiembre visitó Teherán Tarik Aziz, viceprimer ministro, ministro de Asuntos Exteriores y destacado miembro del CMR (miembro de la minúscula Iglesia Cristiana Caldea y jerarca cultivado, Aziz estaba considerado el rostro afable del régimen y fungía como interlocutor habitual de Occidente), el 14 de octubre se anunció la normalización de relaciones diplomáticas y el 14 de noviembre Bagdad acogió al responsable de la diplomacia iraní, Ali Akbar Velayati.

Como se apuntó arriba, los medios de comunicación se explayaron en ponderar lo imponente del arsenal convencional irakí. Los stocks acumulados tras la guerra con Irán conformaban una panoplia heteróclita y ya anticuada en el caso de varias categorías de armas, pero, con todo, asombrosa en términos numéricos. Ahora bien, se desconocía cuántas de estas unidades eran operativas, por falta de mantenimiento o de tripulantes y servidores con la instrucción necesaria.

Según estudios armamentísticos occidentales, en 1990 las Fuerzas Armadas irakíes poseían 5.600 tanques (soviéticos, británicos y chinos), 6.500 vehículos blindados de toda clase (soviéticos, brasileños, checoslovacos, franceses, españoles y chinos), 5.500 cañones remolcados o autopropulsados y baterías de artillería antiaérea (soviéticos, estadounidenses, franceses, australianos, checoslovacos y yugoslavos), más de un millar de lanzadores de cohetes múltiples (soviéticos, brasileños y egipcios), cerca de 20.000 misiles anticarro (franceses y soviéticos), 700 aviones (soviéticos y franceses) y 450 helicópteros (soviéticos, estadounidenses y franceses).

Intentar evaluar las unidades para la guerra química y bacteriológica era una tarea de lo más procelosa. Del arsenal de misiles con carga explosiva convencional se tenía un conocimiento un poco menos incierto: varios miles de unidades para la guerra aérea y aeronaval, de fabricación francesa, soviética y estadounidense, y algunos centenares de vectores tierra-tierra de corto y medio alcance, tanto de fabricación propia como soviética, la mayoría de la serie Scud, ingenios balísticos que eran susceptibles de acomodar cargas químicas.

Cuando Irak se convirtió en el villano internacional por la invasión de Kuwait, más de 200 compañías privadas de una veintena de países estaban involucradas en el abastecimiento de tecnologías de armas no convencionales al régimen de Saddam: a la cabeza, Alemania, con nada menos que 86 contratistas, seguida por el Reino Unido y Estados Unidos con 18 cada uno (las firmas norteamericanas habían proporcionado precursores químicos y computadores para misiles), Austria con 17, Francia con 16, Italia con 12 y la pacífica Suiza con 11.

En cuanto a las fuerzas humanas irakíes, se calculaban en 950.000 los soldados encuadrados en siete cuerpos de Ejército de Tierra, que incluían a siete divisiones blindadas o mecanizadas y 40 divisiones de infantería. La Guardia Republicana, tropa de élite separada del Ejército regular, constaba de tres divisiones blindadas o mecanizadas, cuatro divisiones de infantería y una de fuerzas especiales. 45.000 uniformados servían en las Fuerzas Aéreas y 5.000 pertenecían a la irrelevante Armada.

Pese a las inquietantes bravatas de Saddam sobre una "madre de todas las batallas" (umm al-ma'arik) y una jihad contra los "profanadores" de las ciudades santas del Islam en Arabia Saudí, la coalición de Estados Unidos puso a punto su aparato bélico y además encontró el camino despejado con la resolución 678 aprobada por el Consejo de Seguridad de la ONU el 29 de noviembre, que concedía una "última oportunidad" a Irak y autorizaba a los estados miembros el recurso a "todos los medios necesarios" para restaurar el statu quo legal en Kuwait.

En la medianoche, en horario de Washington, del martes 15 al miércoles 16 de enero de 1991 venció el ultimátum explicitado en la resolución 678. La guerra no se hizo esperar: a las 18,38 horas del 16 en horario de Washington, las 2,38 horas del jueves 17 en horario de Bagdad, la aviación aliada comenzó la Operación Tormenta del Desierto (Desert Storm), el bombardeo sistemático y sostenido de objetivos del poder militar y político irakí en Kuwait y a lo largo y ancho del propio Irak.

Carente de estrategia militar, Saddam decidió no combatir a sus enemigos con las mismas armas (así, puso su aviación, en la que no debía confiar gran cosa, a buen recaudo en aeródromos iraníes o en hangares bajo tierra), insistió en su táctica favorita de confundir y dividir al adversario, y provocó a Israel y Arabia Saudí lanzándoles misiles Scud, no todos los cuales pudieron ser interceptados por los contramisiles Patriot estadounidenses, con la intención de incendiar todo Oriente Próximo. Ilustrado por los aliados con triunfales partes de material bélico irakí destruido, el asalto aéreo contra la maquinaria de Saddam se mostró, empero, ineficaz en los propósitos políticos de lograr la evacuación de Kuwait.

Cada vez más impaciente, el 22 de febrero Estados Unidos respondió al segundo plan soviético de paz ultimando a Bagdad a que comenzase la retirada del emirato a partir de las ocho de la tarde, en horario de Bagdad, del sábado 23, y que la completase para el 1 de marzo. Saddam, atrapado en el dilema de retirarse de Kuwait incondicionalmente, sin poder salvar la cara ante su pueblo y el mundo árabe, o encajar una derrota total y quien sabía si mortal, no movió pieza, de manera que a las 4 de la madrugada del domingo 24 en Bagdad, las 8 de la tarde del 23 en Washington, la coalición emprendió la por doquier temida ofensiva terrestre.

Las tropas aliadas, esencialmente estadounidenses (350.000), británicas (36.000) y francesas (14.000), apenas encontraron resistencia, y sólo se reportó un enfrentamiento de entidad con los blindados de la Guardia Republicana. En sólo tres días, con bajas por su parte prácticamente inexistentes, los atacantes completaron la liberación de Kuwait, en cuya defensa Saddam había desplegado 600.000 soldados, tomando miles de prisioneros en su avance. Al tercer día, el martes 26, el Ejército irakí, siguiendo la orden impartida en la víspera por Saddam de una evacuación "organizada" del emirato, comenzó a retirarse, pero en desbandada.

El caótico repliegue derivó en tragedia, pues, privadas de protección aérea, las columnas de miles de vehículos militares y civiles, rebosantes de soldados malamente pertrechados y de bienes fruto del pillaje generalizado en el emirato, fueron bombardeadas por la aviación aliada en la saturada autopista que subía a Basora prácticamente a capricho y sin necesidad, ya que se trataba de un ejército derrotado. Al mismo tiempo, paracaidistas de la CI División Aerotransportada de Estados Unidos alcanzaban el Éufrates a la altura de Nasiriyah.

El miércoles 27 fue el día del final: Bagdad anunció su aceptación incondicional de la docena de resoluciones de la ONU en su contra, las avanzadillas aliadas, con unidades del Ejército del emir derrocado, Jabir Al Ahmad Al Sabah, a la cabeza, entraron en la capital, donde miles de civiles kuwaitíes salieron a recibirles con júbilo, y horas más tarde el presidente George Bush anunció que Kuwait había sido liberado y ordenó el cese de las hostilidades con efecto en la madrugada del jueves 28, en horario de Washington, las ocho de la mañana en el teatro de operaciones. La guerra había durado 43 días.

5. Rebeliones internas y el castigo de los vencedores

La derrota de Saddam en Kuwait había sido catastrófica en el plano militar: murieron entre 30.000 y 50.000 uniformados, por citar un baremo equilibrado entre los balances más

mortíferos y los más mesurados. A ellos debían sumarse otro tanto o más de civiles, también en número muy impreciso. Se han calculado en más de 10.000 las víctimas inmediatas de los bombardeos aéreos sobre las ciudades, pero a esta cifra hay que añadirle todas las defunciones a posteriori, por heridas, infecciones y desatención médica, que sin lugar a dudas fueron mucho más numerosas.

Sin llegar a conocerse nunca la mortandad exacta de esta guerra del lado irakí, es seguro que el total de muertos provocados por los ataques de la coalición, entre combatientes y no combatientes, excedió los 100.000. En este punto, el contraste con las bajas infligidas al enemigo no podía ser más sangrante: Estados Unidos perdió a 315 soldados, de los cuales sólo 148 fueron caídos en combate, debiéndose los demás fallecimientos a accidentes, al denominado fuego amigo o a causas naturales.

Pero, ahora, para Saddam lo que estaba en juego era su misma permanencia en el poder. En efecto, las tropas aliadas parecían no conformarse con liberar el emirato y amagaban, aprovechando la desintegración del Ejército irakí, con tomar Basora y llegar hasta la misma Bagdad, según sugería la presencia estadounidense en el curso medio-bajo del Éufrates. Estas avanzadillas llegaron a una distancia de 250 km de Bagdad, y en ese tramo no se les interponía ninguna defensa, según declaró después el comandante en jefe del cuerpo expedicionario, general Norman Schwarzkopf.

Sin embargo, Bush, por consideraciones de geopolítica, no quiso darle el golpe de gracia a Saddam, además de que las resoluciones de la ONU nada decían de derrocar gobiernos internacionalmente reconocidos. Hoy hay bastante unanimidad en la suposición de que Estados Unidos temía más un vacío de poder en Irak que la continuidad de Saddam en el mismo, pues el derrumbe del Gobierno central podría haber alentado la autodeterminación de los kurdos sunníes del norte y de los árabes shiíes del centro y el sur, que suponen respectivamente (las cifras son aproximativas) el 18% y el 60% de la población irakí, fraccionando el país en perjuicio de los intereses estratégicos occidentales. Convenía, pues, que Saddam, si bien convenientemente debilitado y controlado, siguiera al mando en Bagdad.

En la primera de una serie de contradicciones y vacilaciones en la etapa posbélica, Washington alentó la rebelión kurda y shií para luego asistir impávido a su destrucción por Saddam. El 3 de marzo, el mismo día en que el Ejército irakí firmó la rendición incondicional en un puesto de mando en Safwán, estallaron revueltas en el sur, donde los shiíes militantes y el pueblo llano, ayudados por unidades rebeldes del Ejército, se hicieron con el control de Basora, Nasiriyah, Amarah, Hillah y las ciudades santas de su fe, Karbala y Najaf.

Era la hora del desquite feroz por tantos años de represión política y religiosa, y de marginación socioeconómica. Las turbas shiíes, con ciega rabia, se dedicaron a linchar a cuantos baazistas y funcionarios del Gobierno caían en sus manos, y a arrasar oficinas del partido y edificios públicos. El día 6 la guerra civil se extendió al Kurdistán, donde las guerrillas de la Unión Patriótica (PUK) de Jalal Talabani y el Partido Democrático (KDP) de Massud al-Barzani capturaron las ciudades de Arbil, Dahuk, Sulaymaniyah, Zajo y Kirkuk, y entablaron combate por la gran urbe de Mosul.

Ante la inacción de los aliados, Saddam se apresuró a poner coto a dos rebeliones que amenazaban con cogerle en una pinza en Bagdad. Para el 31 de marzo la revuelta de los shiíes quedaba aplastada, con un balance de decenas de miles de muertos, la mayoría ejecutados sumariamente, y de devastaciones en las ciudades reconquistadas. Entonces, el sátrapa se volvió contra el norte: tras recuperar casi todas las ciudades kurdas en los últimos días de marzo, el 1 de abril el Ejército lanzó una contraofensiva general que se saldó con la captura de Sulaymaniyah y el hundimiento de los peshmerga del KDP y la PUK. En penosas condiciones, más de dos millones de civiles se lanzaron a un éxodo masivo para ponerse a salvo en Turquía, Irán y Siria.

El drama de los kurdos conmovió a la opinión pública occidental, que forzó a sus gobiernos a

intervenir. Con manifiesta reluctancia, el 17 de abril Estados Unidos movilizó a 10.000 soldados en la operación humanitaria Proveer el Consuelo (Provide Comfort), autorizada implícitamente por la resolución 688 de la ONU del 5 de abril, la cual condenó la represión de los kurdos y apeló a la asistencia humanitaria internacional.

Aunque bramó contra la "injerencia" en sus asuntos internos, el Gobierno de Saddam ordenó a sus tropas que abandonasen la zona de seguridad establecida por los aliados, que desde el 19 de mayo hasta el 15 de julio fueron retirando los 4.500 soldados de protección a sus bases en Turquía para dar paso al personal de la ONU. Sintiendo seguros, Barzani y Talabani retornaron a sus feudos: el primero estableció su gobierno en el noroeste de la región, con capital en Arbil, y el segundo hizo lo propio en la provincia de Sulaymaniyah, más al sudeste. Saddam había perdido el extremo norte del país, en lo sucesivo autónomo de hecho bajo una suerte de protectorado internacional, pero no descuidó explotar la rivalidad entre el KDP y la PUK para impedir la consolidación de un poder político y militar kurdo susceptible de revolverse otra vez contra él.

Desde su sorprendente acuerdo de cese de hostilidades con Talabani el 24 de abril de 1991 hasta su fugaz pero masiva intervención militar del 31 de agosto de 1996 en ayuda de Barzani, que vio cómo 30.000 soldados irakíes de élite le entregaban Arbil -perdida frente a la PUK en diciembre de 1994- en bandeja y, sin detenerse, perseguían a Talabani y sus hombres hasta obligarles a cruzar la frontera iraní, Saddam aplicó éxito con las turbulentas facciones kurdas la táctica del divide y vencerás. Cambiando de peón cuando lo juzgó oportuno, después de 1991 el autócrata bagdadí obtuvo un inestimable provecho de las luchas fratricidas de los kurdos, incapaces de establecer un gobierno nacional de coalición, cuanto menos de plantear, como punta de lanza de una hipotética coalición general de fuerzas opositoras, una amenaza seria al régimen baazista.

Pero, además, los sucesos de marzo y abril de 1991 demostraron que, pese a los ingentes daños recibidos, el Ejército irakí conservaba una más que notable capacidad operativa. En 1992 se estimó en 400.000 los efectivos de las Fuerzas Armadas, con varios cientos de tanques y aviones en servicio. No en vano, tras la guerra se supo que muchos de los supuestos carros de combate, piezas de artillería y rampas de misiles tierra-tierra destruidos por los misiles inteligentes de Estados Unidos no eran sino ingeniosas reproducciones de plástico, entre otras estrategias de engaño y disimulo.

Mientras Saddam destruía a sus oposiciones internas, se sometía a regañadientes al alto el fuego bajo condiciones fijado en la resolución 686 del 2 de marzo del Consejo de Seguridad de la ONU, y a las prolijas y duras condiciones de paz estipuladas por la resolución 687 del 3 de abril.

Las exigencias al perdedor eran las siguientes: la eliminación de todas las armas de destrucción masiva que pudiera tener, así como el desmantelamiento de los programas, instalaciones y componentes relacionados; el sometimiento a los tratados internacionales sobre prohibiciones que afectaban a estas armas (paradójicamente, Irak era signataria del Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares -TNP- de 1968 y de la Convención de prohibición total de Armas Bacteriológicas -BWC- de 1972); la eliminación, igualmente bajo supervisión de la ONU, de todos los misiles balísticos con un alcance superior a los 150 km; la prohibición de adquirir, por tiempo indefinido, armas convencionales; y, el pago de reparaciones a Kuwait por los daños cometidos durante la ocupación, así como la asunción de responsabilidades por los perjuicios a la ecología del golfo Pérsico. Hasta que estos puntos no fueran satisfechos, las sanciones económicas permanecerían en vigor.

6. Porfía con Estados Unidos en el escenario posbélico

Para Saddam, una cosa era acatar sobre el papel, y otra sobre el terreno. En los años siguientes, convertido en el nuevo villano favorito de Occidente luego de la inhibición internacional de Gaddafi y la muerte de Jomeini, jugó al gato y el ratón con Estados Unidos y la ONU, sondeando su compromiso con la línea de dureza marcada por el presidente Bush

mediante provocaciones militares, amenazas verbales y regateos diplomáticos en torno al régimen de sanciones y las nuevas medidas que intensificaron el cerco a Irak.

El 27 de agosto de 1992 Estados Unidos, Reino Unido y Francia establecieron, sin el respaldo en una resolución expresa de la ONU, una zona de exclusión aérea al sur del paralelo 32 con el fin declarado de proteger a los shiíes, la cual vino a sumarse a la zona de seguridad establecida en el Kurdistán al norte del paralelo 36 (en septiembre de 1996 Estados Unidos extendió unilateralmente la primera zona hasta el paralelo 33). Los dispositivos Vigilancia del Norte (Northern Watch) y Vigilancia del Sur (Southern Watch) correspondieron al patrullaje aéreo de ambas zonas de exclusión.

El 13 de enero de 1993, en vísperas de su despedida presidencial, Bush, secundado por sus colegas británico y francés, ordenó una serie de bombardeos contra objetivos en el sur en respuesta a penetraciones de soldados irakíes en territorio kuwaití, parece ser que para recuperar material bélico abandonado, y al movimiento de defensas antiaéreas dentro de la zona de exclusión. Estas incursiones coincidieron con el anuncio por Bagdad de su disposición a "liberar" los territorios al sur del paralelo 32 y de "una de las provincias del extremo sur".

La llegada del demócrata Bill Clinton a la Casa Blanca en enero de 1993 relajó un tanto la tensión, pero el nuevo presidente no tardó en esgrimir un tono intransigente. Después del ataque con misiles de crucero el 27 de junio de 1993 contra la sede de los servicios secretos en Bagdad, como represalia por un supuesto plan irakí para asesinar a Bush en Kuwait en abril, y de nuevos movimientos de tropas irakíes en la frontera con el emirato en la segunda semana de octubre de 1994, el 10 de noviembre siguiente el CMR anunció que reconocía las fronteras y la soberanía de Kuwait.

Se trataba de un envite de alcance, toda vez que en abril de 1992 la ONU había redefinido las demarcaciones territoriales en perjuicio de Irak, que perdió su parte en el campo petrolífero de Rumaila y algunas áreas de Umm Qasr. Además, desde abril de 1991 la frontera desmilitarizada estaba vigilada por una misión de observadores de la ONU (UNIKOM). Posteriormente, el 20 de mayo de 1996, Saddam comunicó otra aceptación: la venta de petróleo bajo las condiciones fijadas por la ONU en la resolución 986 del 14 de abril del año anterior.

El texto del Consejo de Seguridad autorizaba a los estados miembros a importar de Irak una cuota de crudo equivalente a 1.000 millones de dólares cada 90 días, para la adquisición, bajo el control de la ONU, de medicinas y alimentos destinados a la población. Esta exención era sensiblemente más amplia que la contenida en la resolución 706 del 15 de agosto de 1991, entonces tajantemente rechazada por Irak, que estipulaba ventas petroleras por 1.600 millones de dólares en un período de 180 días. Así, el 10 de diciembre de 1996 Irak reanudó parcialmente sus exportaciones de crudo.

En noviembre de 1997 comenzó un nuevo y prolijo capítulo en el enfrentamiento con Estados Unidos a propósito del ámbito de actuación de la Comisión Especial de la ONU para la verificación de las limitaciones armamentísticas (UNSCOM). De la aceptación el 23 de marzo de 1998 del plan de Kofi Annan, secretario general de la ONU, para la inspección de los palacios de Saddam sospechosos de albergar material prohibido, se pasó al desentendimiento por Bagdad del acuerdo el 5 de agosto, a la recusación del nuevo jefe de la UNSCOM, el australiano Richard Butler, acusado de espiar para la CIA (en efecto, agentes de inteligencia estadounidenses acompañaron a la UNSCOM y recogieron datos que más tarde fueron usados para atacar objetivos militares irakíes) el 31 de octubre, a una nueva contramarcha de Saddam el 14 de noviembre, que permitió la vuelta de personal de la UNSCOM tres días después, y finalmente a la represalia militar de estadounidenses y británicos entre el 16, día en que la UNSCOM abandonó definitivamente el país, y el 20 de diciembre.

La Operación Zorro del Desierto (Desert Fox) fue la más contundente acometida desde 1991 y estuvo destinada tanto a minar la capacidad del Ejército irakí como a cazar a Saddam y sus notables en sus residencias en Bagdad. La prensa de Estados Unidos venía informando que en

los últimos años la administración Clinton y la CIA habían tratado de eliminar físicamente a Saddam en varias ocasiones, bien mediante un ataque militar de precisión, bien perrechando a los comandos del Congreso Nacional Irakí (INC), fundado en junio de 1992 y liderado por Ahmad al-Chalabi, que penetraban desde el Kurdistán, bien alentando el golpe de Estado interno de oficiales descontentos reclutados por otra organización de la oposición en el exilio y rival del INC, el Acuerdo Nacional Irakí (INA), presentado en diciembre de 1990 por el también shií Iyad al-Allawi, éste ex militante baazista.

Extremando sus agresiones directas, alentando la reconciliación de la PUK y el KDP y apadrinando con mayor dotación económica al INC (incorporando de paso a los shiíes sureños), a mediados de los noventa Washington cambió la estrategia de contención de Saddam por la del derrocamiento puro y simple, según declaró sin ambages la secretaria de Estado Madeleine Albright, si bien una sucesión de desastres en 1996, entre los que se incluyeron las luchas fratricidas de los kurdos, mostraron a las claras la extraordinaria eficacia de los servicios de seguridad de Saddam a la hora de abortar complots y destruir a sus perpetradores. En octubre de 1998 Clinton firmó la Iraq Liberation Act, ley que autorizaba la financiación con cargo al presupuesto aprobado por el Congreso de las siete principales organizaciones de la oposición irakí.

El hostigamiento intermitente de Saddam desde el frente militar con el dudoso aval de la ONU siguió su curso, tal que desde comienzos de 1999 los raids aéreos estadounidenses y británicos contra posiciones artilleras, rampas de misiles o estaciones de radar irakíes, y ya no necesariamente dentro de las áreas de exclusión, se convirtieron en algo tan rutinario que desaparecieron del primer plano informativo, no obstante tratarse de agresiones bélicas en toda línea sin mediar provocación. Estos ataques, algunos realizados con misiles inteligentes, causaban bajas entre el personal militar, pero también se cobraban los eufemísticamente llamados "efectos colaterales" entre la población civil, produciendo un goteo de víctimas que reforzó el coro de críticas internacionales contra la estrategia de Estados Unidos.

A esas alturas, Francia se había descolgado de británicos y norteamericanos y había unido su voz a las de China y Rusia que, por razones políticas y económicas, pedían un rápido levantamiento de las sanciones por el Consejo de Seguridad al constatar que no servían para nada que no fuera el fortalecimiento de Saddam en el poder.

Desde mediados de los años noventa la opinión pública internacional tomó conciencia del drama humanitario en Irak. La penuria de bienes de primera necesidad se estaba cebando en el grupo más vulnerable, los niños de corta edad, víctimas por cientos de miles desde el comienzo de las sanciones, según diversas ONG y agencias humanitarias internacionales. En 2000 UNICEF denunció que cada mes morían en Irak una media de 4.500 niños y 1.500 adultos como consecuencia directa del embargo. En 1999 y 2000 esta catástrofe apenas fue aliviada por las renovaciones y las ampliaciones de la cuota de exportación según el programa Petróleo por Alimentos.

Potencialmente uno de los países más ricos de Oriente Próximo, no obstante los estragos de las guerras provocadas por Saddam y el embargo presente, aún quedaban en Irak vestigios del alto nivel de vida y el desarrollo alcanzado en las décadas de los setenta y ochenta, cuando el Baaz creó lo más parecido a un Estado del bienestar árabe, con educación gratuita desde la escuela preescolar hasta la universidad y un sistema nacional de salud pública libre de costes para el usuario.

Además, confluía la circunstancia de que si el régimen de Saddam era en lo político atrocemente totalitario, por otro lado había alentado un progresismo social que, por ejemplo, situaba a los derechos de la mujer en un plano mucho más relevante que en la mayoría de los países árabes. Así, en 1992 fue promulgada una ley que no sólo permitía a las mujeres solicitar el divorcio sin el permiso de sus maridos, sino que obligaba a éstos a pasarles una pensión después de la nulidad.

7. La implacabilidad del ejercicio del poder

Las campañas militares contra las rebeliones norteña y sureña tras la guerra del Golfo fueron el aviso de Saddam de cómo iba a tratar los focos contestatarios en el futuro. Sometido al cerco económico internacional y a la amenaza militar de Estados Unidos, el autócrata irakí se dispuso a sobrevivir en el poder exclusivamente mediante los métodos draconianos.

Los mínimos indicios de complot fueron atajados con ejecuciones sumarias e intensas purgas en el Ejército, el partido y los diversos cuerpos de seguridad y espionaje, objetos de reestructuraciones y cooptaciones regulares. Desertores, contrabandistas y delincuentes comunes fueron las víctimas recurrentes de campañas represivas presentadas como ejemplarizantes, aunque en el fondo obedecían a un sistema de sujeción de la sociedad mediante la dosificación del terror y la identificación de chivos expiatorios por las calamidades que el aventurerismo insensato de Saddam había aparejado al país.

Combinando las represalias físicas, las amenazas, las gratificaciones o los matrimonios concertados en pago a la lealtad, y la manipulación de las rivalidades existentes entre los clanes de Tikrit y la alta oficialidad árabe sunní, Saddam se aseguró el anclaje en el poder absoluto, seguramente uno de los mejor estructurados del mundo teniendo presente los múltiples peligros que asaltaron y que consiguió sortear este maestro de la supervivencia.

El Baaz irakí, en realidad, nunca fue una fuerza política especialmente popular y antes de la revolución de 1968 nada tenía que ver con un partido de masas, cosa que sí había sido el Partido Comunista en tiempos de la monarquía y de la república de Kassem. Luego de dar el golpe de Estado, Bakr y Saddam inventaron sobre la marcha los discursos de legitimación popular que precisaban, no dudando en espolear y manipular los más bajos instintos de unas turbas frustradas por sus problemas cotidianos. Con todo, fue la violencia, una violencia extrema y de un sadismo inaudito en no pocas ocasiones, como mostraban el recurso sistemático a la tortura de los detenidos y la profusión de situaciones truculentas, el método de acción prevaleciente de un partido que, por trayectoria y liderazgo, fue esencialmente criminal.

Figuran numerosas informaciones, algunas bien documentadas, sobre una persistente realidad en la década posterior a la derrota en Kuwait de levantamientos religiosos, motines militares y conjuras golpistas, invariablemente abocadas al fracaso y al baño de sangre, aunque las motivaciones últimas de todas estas revueltas, cuales habrían sido derrocar al dictador o acrecentar posiciones de clan en un contexto de pugnas internas, no siempre estuvieron claras. Táctico y calculador, lo que no le ahorró, como resultaba palmario en la política exterior, tremendos errores de percepción, el dirigente irakí recurrió a la guerra semipermanente y al Estado policiaco como instrumentos de movilización en torno al líder y de amedrentamiento de la población.

Hasta aquí, los métodos de Saddam, que el 29 de mayo de 1994 recuperó el puesto de primer ministro del que se había desprendido el 23 de marzo de 1991, para perpetuarse en el poder presentan evidentes características estalinianas. Como el dictador soviético, Saddam podía mostrarse brutal en el trato que dispensaba a sus ministros y generales, pero además ello no se limitaba al procedimiento burocrático e incluía las vejaciones en la relación personal.

Intimidador nato, invitados extranjeros que trataron con él han explicado que este mal comunicador carente de sofisticación y proclive a perorar sobre una infinidad de vaguedades que no venían al caso poseía una perspicacia natural que le permitía adivinar instintivamente lo que sus interlocutores intentan transmitirle u ocultarle; desde luego, de serle propia, esta facultad no la ejerció Saddam en su entrevista con la embajadora Glaspie en julio de 1990.

En Saddam, esta metodología estalinista de la violencia, que planificaba y dispensaba la misma sin ahorro de brutalidad y cinismo, estaba indisolublemente unida a los valores tribales tradicionales del Irak rural. Así, ese puntilloso código del honor del irakí sunní tribal, que reclama la venganza de sangre si se produce una afrenta a la familia, dio lugar a crueles vendettas, no siempre con lectura política, en el seno mismo del clan de Tikrit.

Por lo demás, los biógrafos han presentado a Saddam con los rasgos típicos de los modernos tiranos. Inmediatamente llama la atención el culto a su personalidad que fomentó, en el mundo acaso sólo superado por el que se tributa al dictador comunista de Corea del Norte, Kim Jong Il, tal era la miríada de retratos, murales, estatuas y memoriales panegíricos, amén de museos sobre su persona, que abarrotaban el país con resabios orwellianos. Características eran también la percepción paranoica de la realidad, que le hacía no fiarse de nadie o, si acaso, sólo de un reducido número de parientes tikritis (los cuales, llegado el caso, tampoco parecían gozar de una garantía de inmunidad frente a las iras del jefe), así como un orgullo y un rencor recalitrantes que le empujaban a ajustar cuentas con los que le habían agraviado en el pasado.

Hombre supersticioso por naturaleza; fumador de puros cubanos que le enviaba Fidel Castro; amigo de las buenas viandas preparadas por cocineros de estricta confianza y probadas por catadores para evitar envenenamientos; escritor de extensos dramas novelísticos llenos de complicadas alegorías morales que aparecían publicados como libros anónimos y que recibían los más encendidos elogios de los críticos literarios a sueldo del régimen; y, poseedor de un inagotable guardarropa, Saddam era un autócrata que, de acuerdo con una extendida suposición nunca demostrada (y, probablemente, falsa), se hacía suplantar por dobles perfectos en apariciones públicas cuando lo consideraba oportuno y que, conforme a la costumbre local, disfrutaba disparando al aire con pistolas y fusiles durante sus baños de multitudes programados.

Saddam abordó su papel en el Irak contemporáneo con una megalomanía desaforada. Fomentó una imagen machista de superhombre capaz de las mayores hazañas, trazó una continuidad de grandeza histórica entre los imperios babilonio y asirio, el califato abbasí, el reino de Saladino (de origen kurdo, por cierto) y la república baazista, y apeló al orgullo nacionalista de los irakíes como pueblo cultural y racialmente superior a sus vecinos.

En un terreno más tangible se situaban los faraónicos programas de obras públicas y privadas, con los famosos y fastuosos palacios presidenciales, la construcción de tres colosales mezquitas en Bagdad, una red de búnkeres e instalaciones subterráneas de insospechado alcance, las restauraciones (algunas con dudoso criterio, como las ruinas de Babilonia) del riquísimo patrimonio arqueológico nacional y la erección de monumentos conmemorativos, todo ello a mayor gloria del gran líder y sin reparar en gastos, en un país donde la población de a pie sufría penurias sin cuento.

Dicho sea de paso, la revista Forbes incluyó a Saddam en su relación de los estadistas más adinerados del mundo. Según diversas fuentes, la fortuna personal de Saddam y su familia pudo ascender a los 200.000 millones de dólares, impresionante cifra obtenida gracias a la manipulación del programa Petróleo por Alimentos y, sobre todo, por la amplia red de contrabando manejada por el núcleo duro del clan de Tikrit, con los hijos del dictador a la cabeza, constitutiva de una fragante violación del embargo.

8. Una sórdida historia de avatares familiares

En 1963 Saddam tomó en matrimonio a su prima carnal Sajida Tulfah, hija del tío Jairallah Tulfah, quien a su vez fue nombrado gobernador de Bagdad después del golpe de 1968. En 1988, acogiéndose al permiso coránico, Saddam contrajo una segunda esposa, Samira Shahbandar, descrita como una mujer de gran belleza, rubia y con los ojos azules, perteneciente a una prominente familia bagdadí. Cuando conoció a Saddam, Samira ya estaba casada y era madre de cuatro, tres chicos y una chica.

El cónyuge, director de una aerolínea, consintió (por la cuenta que le traía, obviamente) en concederle el divorcio a Samira tan pronto como le comunicaron la espinosa situación. Sajida, no obstante, siguió siendo la esposa oficial de Saddam, además de la madre de sus cinco hijos, dos varones y tres mujeres. En los años noventa afloraron rumores, escasamente convincentes, de que el dictador había procreado con Samira un hijo llamado Alí Saddam Hussein, y también que tenía una tercera y joven esposa, tomada en matrimonio también en los años ochenta.

El primogénito del dictador, Uday Saddam Hussein, nacido en 1964, adquirió una ominosa reputación de enfant terrible al que todos los excesos le estaban permitidos. Uday fungió oficiosamente como ministro de la Juventud y Deportes, quedando bajo su exclusivo control todo lo que tuviera que ver con estas áreas, inclusive la presidencia del Comité Olímpico Nacional de Irak, su único puesto oficial, pero también con la cultura, la educación, la investigación y los medios de comunicación.

En sus manos se concentraba un imperio mediático y propagandístico que incluía varios periódicos, entre ellos Babel, el diario nacional de más tirada, revistas y emisoras de radio y televisión, aunque sus negocios lucrativos proliferaban sobre todo en los turbios terrenos del contrabando y el mercado negro. Uday se construyó una formidable red tentacular donde las posibilidades de ejercer el poder personal importaba mucho más que la gestión técnica de las citadas áreas.

Hombre de carácter en extremo violento y bravucón, abusador y violador de las muchachas que perseguía incansablemente por todo Bagdad, coleccionista ávido de coches de lujo y servido por un ejército privado de 15.000 hombres conocidos como Fedayin Saddam y a los que se dirigía con el rango de teniente general, el caprichoso e impredecible Uday igual podía mandar apalea a jugadores de la selección nacional de fútbol como castigo por el mal resultado de un partido que dejar tullido de por vida a un compinche de sus correrías nocturnas por negarse a acatar su orden de ingerir enormes cantidades de aguardiente para el deleite de la concurrencia.

En agosto de 1988, durante los festejos con motivo del final de la guerra con Irán, el delfín oficioso del régimen protagonizó un dramático episodio palaciego que cada fuente cuenta de distinta manera. El relato más conocido de los hechos asegura que el hijo del presidente irrumpió en una fiesta que se celebraba en un recinto lúdico en una isla sobre el Tigris y, ante la espantada concurrencia, aporreó hasta la muerte a un hombre de confianza de Saddam, Kamel Hanna, una especie de ayudante de cámara que le había presentado a Samira y que concertaba sus encuentros clandestinos con ella. En los mentideros bagdadíes se afirmó después que Uday había asesinado fríamente al infeliz alcahuete porque era necesario "lavar el honor" de su madre.

Sin embargo, existe otra versión del suceso, sustancialmente diferente, donde el desencadenante del crimen no es el supuesto honor maternal mancillado, sino un simple arrebató de furia. Harto del ruido que generaba la jarana nocturna, disparos al aire incluidos, de Hanna y sus invitados, y desoídas sus advertencias de que cesara el alboroto para que no se molestara a su madre y a la esposa del presidente egipcio Mubarak, que se encontraba hospedada con la primera dama en un palacio al lado de la sala de fiestas, Uday se habría presentado en la fiesta con su secretario particular y dos guardaespaldas, y, tras un violento forcejeo verbal, en un arranque de ira, le habría asestado al intendente de su padre un único bastonazo en la cabeza. De acuerdo con esta versión, Hanna cayó redondo al suelo y Uday se marchó pensando que simplemente lo había dejado aturdido y que la borrachera había hecho el resto. Fue luego cuando Uday se enteró de que había matado a Hanna y entonces le entró el pánico: temeroso de la reacción de su padre, que tenía en gran estima al finado, Uday habría intentado suicidarse tomándose un frasco entero de somníferos.

Al margen de las circunstancias precisas, lo cierto fue que Saddam montó en cólera por este crimen, metió entre rejas a Uday y le amenazó con llevarle a juicio y subirle al patíbulo. Pero del dictador no tardó en apaciguarse. En atención "al deseo de la población", Saddam puso a Uday en libertad al cabo de dos semanas y acto seguido le envió a un exilio temporal en Suiza. Un mes largo después, Uday se movió a París, más tarde recaló en Estambul y finalmente, tras una ausencia de tres meses en total, aterrizó en Bagdad, aparentemente sin haber recibido la señal de su padre de que podía regresar. La prensa jordana comentó en su momento que Sajida, muy asustada porque estaba segura de que su esposo hablaba en serio cuando esgrimió la condena a muerte para Uday, había pedido al rey Hussein que intercediera ante su esposo por la vida de un hijo cuyo comportamiento desquiciado suscitaba interrogantes sobre si no padecería algún tipo de trastorno mental.

Uday, que en 1988 tomó como esposa a una hija del vicepresidente del CMR y segunda persona del partido desde 1979, Izzat Ibrahim ad-Duri (otro paisano de Saddam del área de Tikrit, donde hasta el golpe de 1968 había ejercido de vendedor ambulante de bloques de hielo) sufrió el 12 de diciembre de 1996 un severo golpe a sus aspiraciones sucesorias cuando un comando no identificado ametralló el vehículo que conducía por el elitista barrio bagdadí de Al Mansur y le hirió muy gravemente en las piernas. El hijo de Saddam estuvo al borde de la muerte y durante meses fue afectado por una parálisis parcial. En el hospital hasta junio de 1997 y aquejado de las secuelas psicológicas del atentado por largo tiempo, cuando las elecciones de marzo de 2000 se reportó que Uday había obtenido el escaño en la Asamblea Nacional. Este mandato se consideró un jalón del primogénito de Saddam en su reanudado asalto al poder.

El hijo menor, Qusay Saddam Hussein, nacido en 1966 y casado en 1985 con una hija del general Maher ar-Rashid -un oficial castigado en 1986 por discrepar con la conducción por Saddam de la guerra con Irán- y padre de dos muchachos, operaba con mayor discreción y cálculo, que no con menor brutalidad, luego lo que diferenciaba a los dos hermanos no era tanto el fondo como las formas. Su avidez, aunque sin llegar a los niveles escandalosamente pueriles de Uday, no reparaba en barreras morales. Así, Qusay fue uno de los dignatarios que más a manos llenas se enriqueció en 1990 y 1991 con el saqueo inmisericorde de los palacios kuwaitíes.

Fuertemente involucrado en las tareas informativas y de seguridad, Qusay ascendió al frente de una vasta red de espías, de la Guardia Republicana Especial o Al Haris Al Jamhuri Al Jas, verdadera guardia de corps del régimen formada por unos 13.000 efectivos que pasaban por ser las tropas más disciplinadas y mejor equipadas de Irak, y del Servicio de Seguridad Especial o Al Amn Al Jas, otros 5.000 hombres que, a modo de una tropa de pretorianos, se distribuían en un círculo impenetrable de seguridad alrededor de Saddam, quizá el estadista con más guardaespaldas y escoltas del mundo.

Adicionalmente, desde finales de los años noventa Qusay empezó a presidir reuniones del Consejo de Seguridad Nacional, un órgano que supervisaba las cinco agencias de seguridad e inteligencia del régimen, concebidas para competir entre sí y para rendir cuentas por separado directamente ante Saddam. Ciertamente, a Saddam no le interesaba coordinar a sus cinco agencias e incluso espoleaba sus rivalidades y enfrentamientos: si todo el mundo temía a todo el mundo y los unos se vigilaban a los otros, lo más probable es que toda conspiración, de surgir, quedara automáticamente paralizada. Qusay comandó también la ofensiva contra Arbil en apoyo de Barzani en el verano de 1996.

El conjunto de fuerzas a las órdenes de Qusay superaba con creces, cuantitativa y cualitativamente, a los fedayines de su hermano. En los últimos años se ventilaron encontronazos entre Uday y Qusay por intromisiones en sus respectivos cotos de poder político y económico. No cabe duda de que Qusay aprovechó la convalecencia de su hermano para escalar posiciones, hasta adelantarle en la primacía sucesoria. Significativamente, el 17 de mayo de 2001 Qusay figuró entre los ocho nuevos integrantes del Mando Regional del Baaz de 18 miembros. En añadidura, fue nombrado "responsable adjunto" del Departamento Militar del partido, un cargo equivalente a viceministro de Defensa y que le confería presencia en el CMR, el supremo órgano de decisión política.

Sobre la acumulación de responsabilidades por Qusay, en septiembre de 2000 el rotativo árabe editado en Londres Asharq Al Awsat informó que había sido puesto al frente de un "consejo familiar" con la misión de asegurar el control del régimen por los tikritis en caso de defunción de Saddam, y que éste, aseguraba tal fuente, padecía de un cáncer linfático y estaba siendo sometido a quimioterapia bajo la supervisión de un comité médico.

Barzán, Sabawi y Watbán Ibrahim al-Hassán at-Tikriti eran los hijos del padrastro Hassán al-Ibrahim y, como Saddam, tenían un pasado trufado de violencias. Los tres hermanastros, unos años más jóvenes, ostentaron puestos de privilegio en el círculo íntimo del dictador, bien como ministros, como consejeros o como altos burócratas de la represión, pero durante largos

períodos sus relaciones con el dictador no fueron precisamente armónicas.

En agosto de 1995 Watbán, que estaba casado con una hermanastra de su cuñada Sajida llamada Ilham, fue destituido como ministro del Interior al cabo de cuatro años de servicio e inmediatamente después resultó gravemente herido en un atentado ejecutado personalmente por el irascible Uday. Éste, que se llevaba pésimamente con sus tíos, descargó una ráfaga de metralleta a las piernas de Watbán, que quedó temporalmente incapacitado y que nunca recuperó la plena movilidad.

La refriega tuvo lugar, de nuevo, en un contexto de juerga nocturna, ingesta de alcohol y compañía femenina cuya disputa, al parecer, motivó el recurso a las armas automáticas. El castigo que Saddam impuso a su hijo en esta ocasión no pudo resultarle más doloroso a Uday: la mitad de su parque de vehículos de lujo, que comprendía muchas decenas de Rolls Royce, Mercedes, BMW, Ferrari, Porsche y Lamborghini, entre otras marcas de postín, fue pasto de las llamas. Cuando un año después Uday fue malherido exactamente de la misma forma por sus desconocidos asaltantes resultó inevitable conjeturar con una venganza perpetrada por gentes de Watbán, aunque las sospechas más fuertes se cernieron sobre militantes shiíes.

En 1998, Sabawi, conocido sobre todo por organizar la rapiña sistemática de Kuwait cuando la ocupación en calidad de gobernador para asuntos del Interior, fue a su vez cesado como director del Servicio de Seguridad General, después de haber ocupado la misma posición en el Departamento General de Información o Al Mujabarat Al Amma, la temible agencia de vigilancia política del partido inspirada en el KGB soviético.

Por lo que respecta a Barzán, responsable de la Seguridad Especial y, a partir de 1979, del Departamento General de Información, y de paso casado con otra hermanastra de Sajida, Ahlam, incurrió en alguna ignorada deslealtad con su hermanastro y cuñado, de manera que en 1983 hubo de abandonar el país. Desde aquel año, Barzán permaneció medio asilado en Ginebra y a principios de 1988 esta estancia forzosa adquirió justificación oficial al ser nombrado embajador de Irak ante la sede de la ONU en la capital helvética, una oficina diplomática que chirriaba con su perfil de ejecutor represivo, pero que Barzán se tomó en serio.

Precisamente, al poco de iniciar sus funciones como embajador, Barzán, sin el menor entusiasmo, tuvo que cargar con su sobrino Uday, alejado de Bagdad por Saddam a raíz de su fechoría de agosto, y le nombró primer secretario de la delegación irakí, función que el primogénito del dictador no tenía la mínima intención de desempeñar, pues deseaba retornar a casa cuanto antes, tan pronto como a su padre se le quitasen las ganas de represaliarlo.

En 1998 Saddam reclamó su presencia en Bagdad, pero Barzán, quizá olisqueándose alguna celada de su hermanastro a través de su siempre impredecible sobrino Uday, se negó a obedecer. Saddam le destituyó fulminantemente y en 1999, luego de fallecer Ahlam y de denegarle las autoridades suizas la renovación del visado, Barzán se resignó a regresar a Bagdad, donde le esperaba un recibimiento bastante hosco. Con todo, Saddam no le impuso castigos más allá del preceptivo período de confinamiento en residencia vigilada, situación que pasó a compartir con sus hermanos.

Se conoce el dato de que en 1994 Saddam dispuso la boda de Uday con una hija de Barzán, Saja, en un aparente intento de reconciliación. El enlace se celebró al cabo de dos meses, pero fue un estrepitoso fracaso: transcurridos sólo cuatro días desde el desposorio, la muchacha abandonó a Uday aterrorizada por su violento carácter y corrió a refugiarse en Ginebra junto con su padre. Con el retorno de Barzán a Bagdad las trifulcas en esta rama familiar se sosegaron y los tres hermanos Ibrahim empezaron a ser citados en las listas de oficiales del Gobierno como "asesores estatales", aunque poca o ninguna asesoría les solicitó Saddam.

Al parecer, la experiencia europea convirtió a Barzán en un hombre más pragmático y le convenció de la imperiosa necesidad de establecer un modus vivendi con Estados Unidos. En los últimos años del régimen, Barzán, como presintiendo lo que iba a suceder, intentó

convencer a Saddam de que la situación internacional había cambiado y que Irak, para sobrevivir, debía arreglar sus cuitas con Washington e incluso establecer un pacto de no agresión con Israel, aun si ello estaba condicionado al abandono de la causa palestina. Su hermanastro no quería oír nada de semejante viraje en la política exterior y cortó toda comunicación con Barzán, que sólo consiguió empeorar su marginación.

En diciembre de 1999 los tres hermanos Ibrahim comparecieron en público para recibir de su hermanastro varias medallas de condecoración y luego se conoció su pertenencia a la citada junta familiar creada a raíz de la enfermedad de aquel, si bien entonces estaba claro que su poder había disminuido a la par que el ascenso y la omnipresencia de los vástagos del dictador. En todo este tiempo, eso sí, los Ibrahim continuaron administrando sus respectivos feudos económicos, cimentados en los negocios irregulares y el lucrativo contrabando de productos de lujo.

El general Adnán Jairallah Tulfah, primo y cuñado de Saddam, "héroe" de la guerra contra Irán, ministro de Defensa desde el 15 de octubre de 1977, viceprimer ministro desde octubre de 1982 y virtual número dos del régimen, a la sazón casado con una hija del ex presidente Bakr, falleció en un sospechoso accidente de helicóptero el 5 de mayo de 1989 en el paraje de Sarsang, a 450 km al noroeste de Bagdad, cuando regresaba de una reunión familiar cerca de Mosul. En el funeral de su hijo, Jairallah Tulfah, que en 1972 había sido destituido como primer edil bagdadí por sus escandalosas corruptelas pero que continuaba ejerciendo una notable influencia, atribuyó a su sobrino y yerno la autoría del siniestro, atrevimiento que el anciano pagó con el arresto domiciliario y la desaparición de la escena. En 1993 se produjo el fallecimiento de Jairallah, por causas naturales.

Periodistas de la región han especulado con que Adnán, descrito como un militar de carrera capacitado y no involucrado en las sevicias represivas del aparato de seguridad, aunque venial a manos llenas como el resto de los jerifaltes tikritis, dejó de ser fiable para Saddam por el poder y el prestigio que había alcanzado, una peligrosidad potencial que se tornó más factible a raíz de la "ignominia" cometida contra su hermana Sajida con motivo del segundo matrimonio de Saddam, cosa que le ofendió profundamente, como no dudó en proclamar en público.

Disputas y revanchas internas aparte, del primer círculo de allegados de Saddam salió también la desafección más sonada. El 8 de agosto de 1995, nada más conocer lo que Uday le había hecho a Watbán Ibrahim aquella misma noche, desertaron a Jordania los hermanos Hussein Kamel y Saddam Kamel al-Majid, primos de Saddam en primer grado por la parte del padre y esposos de sus hijas mayores, Raghda y Rana, respectivamente. Dicho sea de paso, la hija menor, Hala, nacida en 1972, fue casada por su padre con un pariente lejano, Jamal Mustafá at-Tikriti, hermano del general Kamel Mustafá at-Tikriti, alto mando militar que a su vez estaba casado con una hermana del primo Hussein Kamel.

El teniente general Hussein Kamel al-Majid estaba identificado como el padre de los programas clandestinos de armamento en tanto que ministro de Industrialización Civil y Militar. Dirigió en sus orígenes la Seguridad Especial y era otro teórico número dos del régimen después de la desaparición de Adnán Tulfah. Para muchos, Hussein Kamel era el favorito de Saddam. También se le tenía por uno de los planificadores de la invasión de Kuwait y uno de los ejecutores de la represión de los shiíes en el sur.

El más joven Saddam Kamel, teniente coronel de la brigada de misiles, dirigía a los guardaespaldas presidenciales de élite, dentro de la Seguridad Especial. Como dato curioso, Saddam Kamel interpretó a su propio primo en una larguísima película propagandística, al-Ayyam at-tawila (su título internacional en inglés fue Long Days), realizada en 1980 para bombo del dictador. Este estrafalario biopic relataba las hazañas de Saddam cuando la fallida intentona contra Kassem en 1959, y fue proyectado en las salas de cine y emitido por la televisión de Irak hasta la saciedad. Para llevar a la pantalla un guión que, según los títulos de crédito, había sido escrito por el mismo Saddam, el régimen contrató a dos cineastas comerciales, el egipcio Tewfik Saleh y el británico Terence Young, nada menos que el realizador de varias de las

películas de la serie James Bond.

El 12 de agosto Hussein Kamel hizo en Ammán un llamamiento para arrojar a su suegro "al basurero de la historia" que no encontró eco en la oposición por tratarse el personaje de uno de los pilares de la dictadura hasta la víspera de su defección. Hussein Kamel concedió varias entrevistas a los medios y entre las cosas que reveló estuvo la confirmación de que Adnán Tulfah había sido eliminado por orden de Saddam: él mismo fue el encargado de colocar la bomba con temporizador en el helicóptero del general instantes antes de tomarlo para regresar a Bagdad, una confesión que suscitó perplejidad por cuanto que se incriminaba en un delito de asesinato.

El 20 de febrero de 1996, insólitamente, los hermanos Majid regresaron con sus familias a Irak en circunstancias inciertas, probablemente tras recibir garantías de perdón de Saddam. Lo cierto es que el rey Hussein no quería saber nada con tan incómodos huéspedes y los países occidentales, pese a recibir de Hussein Kamel información militar secreta, no estaban dispuestos a concederles asilo. Precisamente, este episodio marcó el final de la complacencia con Saddam del monarca hachemí, que en lo sucesivo apostó por el cambio de jefatura en Bagdad. Tres días después se anunciaron los divorcios de Raghda y Rana, que quedaron bajo una suerte de arresto domiciliario, y la muerte de sus maridos como castigo a su traición. Ambos perecieron junto con un hermano, Hakim, una hermana, los tres hijos de ésta con edades comprendidas entre los tres y los seis años, el padre de los cuatro hermanos y por tanto tío de Saddam, Kamel al-Majid, y un primo segundo durante el asalto de las fuerzas de seguridad contra la villa de los Majid en Assadiyah, cerca de Bagdad.

La operación fue dirigida in situ por otro de los primos paternos de Saddam, el teniente general Alí Hassán al-Majid, antiguo director del Servicio de Seguridad General, brutal preboste del partido en las provincias norteñas de mayoría kurda a finales de los años ochenta y luego no menos brutal gobernador para asuntos militares en el Kuwait ocupado. Después de la guerra, encargado de aplastar la revuelta shií, ministro del Interior, ministro de Defensa y comandante del Ejército en el sur, y últimamente sólo miembro del CMR y representante presidencial en misiones oficiales, este jerarca sin estudios que de joven se había ganado la vida como ordenanza de motocicletas estaba casado con otra hija de Bakr y portaba el siniestro sobrenombre de Alí el Químico por haber dirigido el lanzamiento de gas a los kurdos en 1988. También tenía un hermano, Hisham Hassán, gobernador de la provincia de Babil.

Todos los testigos de la batalla, inclusive Uday y Qusay, que presenciaron el final de sus detestados familiares al resguardo de un coche blindado, vieron cómo Alí Hassán, cuando todo hubo terminado, se adelantó con su pistola y le pegó el tiro de gracia en la cabeza a su primo Hussein Kamel, el último en resistir con vida, que había salido al exterior con su metralleta para morir matando. Según parece, Ali Hassán acompañó su ejecución simbólica con estas palabras: "así mueren los traidores". Antes de comenzar los disparos, Alí Hassán intentó convencer al anciano Kamel para que saliera de la casa junto con su hija y sus tres nietos, pero el tío prefirió ligar su suerte a la de sus hijos varones. En el asalto participó también el otro yerno de Saddam, Jamal Mustafá, que intercambió disparos a quemarropa con Hussein Kamel y resultó herido no de gravedad.

Saddam estaba complacido por este nuevo servicio de su primo, uno de los más entusiastas verdugos del régimen, así que Alí Hassán le ofreció desposar a una hija suya con el permanentemente casadero Uday. El desenlace sangriento de la aventura de los primos felones puso fin a uno de los capítulos más extravagantes de la saga familiar del dictador, evocadora de las historias de crímenes y tropelías pasionales de las familias cesáreas de la Roma imperial. Pero aquel aún registró un epílogo en marzo de 2000, cuando la madre de los Kamel, Safiya Hassán, que había sobrevivido a la matanza de 1996, fue a su vez alcanzada por la venganza que exigía el exterminio de toda la rama familiar caída en desgracia.

Con anterioridad a estos hechos, el 2 de diciembre de 1994, había escapado al Kurdistán autónomo el general Wafiq Hamud as-Samarraj, jefe del Servicio de Inteligencia Militar o AI

Istijbarat Al Askariyya hasta 1991, quien también apeló al golpe de palacio, sin obtener mayor repercusión. El balance de una década de turbulencias familiares fue la consolidación del poder de los hijos del dictador en detrimento de los parientes en grado secundario, como los hermanastros y los primos.

Un primo distante leal a toda prueba, Abid Hamid Mahmud at-Tikriti, fungió desde 1992 como el secretario del Consejo de Seguridad Nacional que presidía Saddam y el máximo responsable de la seguridad y la protección del presidente. Sustituyó en esta encumbrada posición al general Arshad Yassín, arrestado por su participación en una operación de venta en el mercado negro de valiosísimas piezas arqueológicas robadas al patrimonio histórico nacional. Yassín era además cuñado de Saddam por estar casado con Nawal Ibrahim al-Hassán, hermana de Barzán, Watbán y Sabawi.

Omnipresente e intrigante, Mahmud se comportaba como el cancerbero de Saddam, le acompañaba a sol y sombra y estaba apostado a la puerta de su despacho: nadie, ni siquiera Uday y Qusay, podía ser recibido por Saddam si este adusto burócrata, bigotudo y uniformado como los demás, no cursaba la autorización pertinente. De hecho, Mahmud integró junto con Alí Hassán al-Majid, Izzat Ibrahim, Tarik Aziz y el vicepresidente de la República Taha Yassin Ramadán al-Jazrawi -como los dos anteriores, un veterano del golpe de 1968- el quinteto informal de hombres fuertes del régimen que se distinguió por ejercer una considerable influencia, todo indica que sumamente negativa, en los análisis y las decisiones que terminaron por enviar a Saddam y el régimen entero al precipicio.

Con semejantes personificación y tribalización del ejercicio político, la celebración de elecciones legislativas puntualmente cada cuatro años, desde la primera edición, el 20 de junio de 1980, hasta la última, el 27 de marzo de 2000, no pasó de lo anecdótico. Huelga decir que todos los escaños de la Asamblea Nacional fueron ganados por los candidatos del Baaz, bien como militantes del mismo, bien como simpatizantes teóricamente independientes, los únicos autorizados a participar.

Como en la vecina Siria, en estas ocasiones el Baaz de Saddam concurría tras la sigla de un Frente Nacional Progresista, pero, a diferencia de como sucede en Damasco, sin compañía de ninguna formación satélite, lo que convertía a esta entidad creada en 1974 para agrupar a "todas las fuerzas progresistas de Irak" en un mero cascarón electoral vacío de contenido. Por lo demás, el 15 de octubre de 1995 el presidente irakí se sometió al formulismo plebiscitario sobre su permanencia en el poder, que en virtud de su única candidatura quedó confirmada por otros siete años con el 99,95% de los votos. Transcurrido ese período de tiempo, Saddam se sometió a la última de estas parodias de elección presidencial. El 15 de octubre de 2002 el régimen no tuvo ambages en anunciar que tanto los síes a Saddam como el nivel de participación habían sido del 100%.

Por lo que se refiere a su jefatura en el partido, Saddam fue reelegido secretario general, y por tanto renovado automáticamente en la presidencia del CMR, en mayo de 2001, durante la XII Conferencia del Baaz irakí, a la par que la proyección de Qusay a la cúpula. Meses atrás, en junio de 2000, Saddam había engrosado su elenco de magistraturas con la, a esas alturas básicamente simbólica, Secretaría General del Mando Nacional del Baaz, que permanecía vacante desde la muerte de Aflak en 1989.

9. Intentos de superar el aislamiento internacional

El ínfimo aligeramiento del embargo económico y el creciente rechazo internacional a las represalias militares de Estados Unidos animaron a Saddam a abrir grietas en su cuarentena diplomática, con escasos resultados. En el terreno más inmediato, los países árabes, Egipto y las monarquías del Golfo continuaron siendo muy remisos a concederle facilidades, mientras que las sucesiones en Jordania y Siria de los difuntos Hussein y Hafez al-Assad por sus retoños Abdallah II y Bashar al-Assad, respectivamente, no dieron pie a un relajamiento de las desconfianzas.

Saddam intentó reconducir las relaciones con Irán, estancadas desde la aproximación de 1990,

y ello a pesar de los periódicos rebrotes de tensión, con cruces de acusaciones de apoyar a las respectivas oposiciones armadas, los Mujahidín del Pueblo en Irán y los shiíes descontentadizos en Irak. Más aún, en Teherán produjo viva irritación el asesinato de tres ayatollah shiíes en la ciudad santa de Najaf entre 1998 y 1999, crímenes que se producían después de fallecimiento en 1992 en situación de arresto domiciliario del gran ayatollah Abú al-Kassem al-Khoei, máxima autoridad del shiísmo desde hacía dos décadas.

El atentado mortal contra el gran ayatollah Sayyid Muhammad Sadiq as-Sadr (hermano del ayatollah Sayyid Muhammad Baqr as-Sadr, ejecutado en 1980 por alinearse con Jomeini) y de dos hijos el 19 de febrero de 1999 provocó levantamientos en Nasiriyah, Karbala y otras ciudades del sur, con la consiguiente represión del Ejército. Los observadores de la zona identificaron esta campaña de terrorismo político-religioso como el último capítulo de la lucha de muerte entre milicianos del partido clandestino shií Dawa y el omnipresente Uday Hussein, que les culpabilizó de su atentado de 1996. Precisamente, el gran ayatollah Sadr había emitido poco antes una fatwa contra Uday, en castigo por su presunta implicación en el atentado que costó la vida a un dirigente shií en Najaf.

El 29 de septiembre de 2000, aprovechando su coincidencia en Caracas para asistir a una cumbre de la OPEP, el vicepresidente Taha Yassin Ramadán se reunió con el presidente de Irán, Mohammad Jatami, en el primer encuentro de alto nivel desde que Izzat Ibrahim prestara una visita a Teherán en 1991. Justamente, los preparativos de esta cita de la OPEP incluyeron el mes anterior la visita a Bagdad del presidente venezolano Hugo Chávez, en la primera recepción por Saddam a un jefe de Estado extranjero desde 1991. Por otro lado, Irak, después de diez años, envió el 21 de octubre de 2000 una delegación a una cumbre de la Liga Árabe, la celebrada en El Cairo para estudiar la crítica situación en Palestina.

Movimientos diplomáticos a un lado, el caso es que Saddam no hizo un sólo guiño que indicara su buena voluntad en materia de control de armamentos, siendo así que Irak integró con Corea del Norte y Cuba el grupo de países que se negaron a firmar los tres grandes instrumentos internacionales de desarme aprobados en la década, a saber, la Convención de prohibición total de Armas Químicas (CWC) de 1993, el Tratado de Prohibición Total de Pruebas Nucleares (CTBT) de 1996 y el Tratado de prohibición total de Minas Anti-Personal (APM) de 1997, amén del boicot a la Corte Penal Internacional (CPI) aprobada en Roma en 1998 e inaugurada en La Haya el 1 de julio de 2002. Claro que sus dos enemigos principales, Estados Unidos e Israel, no daban un ejemplo mucho mejor, ya que en 2002 ambos sólo tenían firmados el CTBT y la CWC, de los cuales ratificados únicamente estaba la CWC por parte de Estados Unidos (Israel ni siquiera era signatario del TNP y la BWC).

10. Inclusión en el eje del mal y objetivo a batir por la administración Bush
En el cambio de década, la situación para Saddam, su régimen y su país seguía dominada por la inercia en todos los aspectos. El horizonte inmediato sólo ofrecía más bloqueo económico internacional, más ostracismo diplomático occidental y más acoso militar angloestadounidense. Pero en enero de 2001, la llegada al poder en Estados Unidos de George W. Bush, hijo del ex presidente George Bush, y su administración republicana, con una plataforma ideológica profundamente conservadora y nacionalista, vino a agudizar la ojeriza de Washington hacia Saddam.

El 16 de marzo de 2001 el bombardeo contra un centro de radares en Bagdad supuso la presentación al dictador irakí de la carta de intenciones de Bush, un antiguo empresario petrolero lanzado a la política al que, por convicciones personales y por la influencia de sus colaboradores halcones en las áreas de seguridad y de Defensa, deseosos de acabar de una vez por todas con el irritante desafío de Bagdad, le movía una animadversión a Saddam tal que tenía regusto a cuenta familiar pendiente.

Así, en septiembre de 2002 Bush explicaba que Saddam era "el tipo que intentó matar a mi papá", en alusión al descubrimiento a tiempo por la CIA de un coche bomba preparado para estallar al paso del cortejo de Bush padre durante su visita a Kuwait en abril de 1993, atentado

frustrado que, se recordará, desató la represalia militar del Gobierno Clinton en junio del mismo año. Pero las intenciones y planes de la administración Bush para con Saddam tardaron más de un año en ser explícitos, y en este sentido los catastróficos atentados del 11 de septiembre de 2001 contra el World Trade Center de Nueva York y el Pentágono en Washington cometidos por la organización fundamentalista islámica Al Qaeda del renegado saudí Osama bin Laden, alteraron drásticamente la situación. Seguramente, fue entonces cuando se activó una inexorable cuenta atrás para Saddam.

Después del 11-S Saddam emitió la única voz discordante en el coro universal de condenas y expresiones de solidaridad con Estados Unidos. Como regodeándose en la tragedia, la prensa controlada por Uday opinó que el "cowboy americano" había merecido unos ataques que eran la consecuencia de sus "crímenes contra la humanidad".

Saddam en persona abonó este análisis acusando a Estados Unidos de "exportar maldad, corrupción y crímenes" por doquier y en particular a Oriente Próximo, así que la destrucción de las Torres Gemelas de Nueva York no había sido sino la "cosecha" por la práctica de una "política diabólica". Cuando en octubre comenzó la intervención militar de Estados Unidos y sus aliados contra Afganistán para destruir a las fuerzas de Al Qaeda y de paso al régimen ultraintegrista de los talibán que les daba cobijo, el Gobierno irakí elevó una enérgica protesta por lo que consideraba una agresión de Occidente contra el orbe islámico.

A la luz de los sucesos posteriores, no cabe duda de que estos posicionamientos disonantes de Saddam lo único que consiguieron fue empeorar su situación. Pero, también, tales declaraciones evocaban unos barruntos, certeramente premonitorios, de que él podría ser el segundo enemigo a batir en la guerra declarada por Estados Unidos al terrorismo internacional.

Incluso antes de iniciarse la Operación Libertad Duradera (Enduring Freedom) en el teatro de operaciones afgano, medios estadounidenses, basándose en filtraciones de oficiales del Gobierno, divulgaron la más que dudosa especie de que el jefe del comando suicida que había secuestrado los aviones para lanzarlos contra los rascacielos neoyorkinos y el edificio del Pentágono, Mohammed Atta, había mantenido reuniones con oficiales de inteligencia irakíes en algún lugar de Europa. Por supuesto, Bagdad negó de plano este malévolo intento de involucrar a Saddam (como si no tuviera ya suficientes crímenes a sus espaldas), aunque fuera de manera muy indirecta, en la hecatombe del 11-S.

Todo indicaba que esta vez el régimen no mentía en su declaración de inocencia. Más aún, ninguno de los trabajos de investigación periodísticos sobre las andanzas y entresijos de bin Laden y su organización que salieron en forma de libro en los últimos meses de 2001 y primeros de 2002 concedían relieve, más allá de la detección de contactos nebulosos y conversaciones inconclusas, a la supuesta colaboración o mutua asistencia entre dos hombres, Saddam y bin Laden, que, si bien compartían enemigos -Estados Unidos e Israel-, procedían de culturas políticas y religiosas radicalmente diferentes: bin Laden sólo podía considerar un apóstata y un represor de la fe (además de una amenaza directa para su país de origen en 1990) a Saddam, y éste a aquel un fanático religioso y un subversor del poder establecido.

El caso es que desde bastante antes del 11-S, servicios de inteligencia occidentales estaban rastreando las relaciones entre Saddam y los grupos islamistas radicales de Oriente Próximo. Los gobiernos de Estados Unidos y el Reino Unido creían que Bagdad, cuyos tratos directos con el terrorismo revolucionario propalestino, laico y ultraizquierdista de Abu Nidal y el venezolano Carlos o Chacal estaban bien documentados, había empezado a financiar el terrorismo de matriz religiosa después de que éste tomara el relevo a los grupos anteriores a lo largo de los años ochenta. Pero las pesquisas no arrojaron prácticamente nada que permitiera convertir aquellas presunciones en una incriminación plausible ante la opinión pública.

La amenaza de Estados Unidos a Saddam se planteó a las claras el 8 de noviembre de 2001 en boca del secretario de Estado Colin Powell, a la sazón, jefe de la Junta de Jefes del Estado Mayor del Ejército cuando el conflicto de Kuwait, quien sin pelos en la lengua señaló a Irak

como el siguiente objetivo de la maquinaria de guerra de su país en cuanto terminaran las operaciones de Afganistán. El 29 de enero de 2002, en su discurso sobre el estado de la Unión, Bush metió a Irak, junto con Irán y Corea del Norte, en un "eje del mal" identificado en el sistema internacional. La fórmula, de resabios religiosos, era una puesta al día del análisis maniqueo realizado por Reagan dos décadas atrás, en el apogeo de la Guerra Fría, cuando se refirió a la URSS como el "imperio del mal".

Contribución irresponsable a la proliferación mundial de armas de destrucción masiva, tenencia de esas mismas armas con aviesas intenciones, fomento del terrorismo internacional y, en definitiva, grave peligro para la paz y la seguridad globales, fueron los cargos que la administración Bush imputó a estos países y a Irak en particular.

Toda vez que la llamada doctrina Bush de "autodefensa preventiva" contenida en el documento de nueva Estrategia de Seguridad Nacional publicado en septiembre de 2002, apostaba por que Estados Unidos ejerciera una hegemonía activa en los asuntos mundiales de ser preciso a través de ataques militares ("acciones anticipatorias") allá donde se detectara una amenaza inminente para la seguridad nacional, sin mediar primera agresión y sin distinguir entre los terroristas y sus amparadores, el primero en servir de cobaya para la puesta en práctica de este revolucionario y perturbador cambio en el pensamiento estratégico de la superpotencia americana no podía ser otro sino Saddam, que era un paria internacional cuyo derrocamiento no iba a ser llorado por nadie.

11. Prolegómenos, razones explícitas y motivos ocultos de una guerra ilegal

A finales del verano de 2002 fueron tomando forma los preparativos del Gobierno de Estados Unidos para lanzar la segunda guerra contra Irak, tercera guerra del Golfo para los irakíes. A través de una vasta campaña de propaganda y persuasión, la administración Bush, primero, se dirigió a la traumatizada ciudadanía de su país para convencerla de que Saddam representaba un peligro intolerable para su seguridad, y, segundo, movilizó sus resortes internacionales con la intención no tanto de construir una gran coalición de países que incluyera a los principales aliados y socios, ya que, de ser necesario, Estados Unidos iría a la guerra sólo o con la única compañía del fiel aliado británico, como de recibir una mera luz verde del Consejo de Seguridad de la ONU para sus planes.

En Estados Unidos la pública satanización de Saddam arreció con una virulencia como no se conocía desde la última guerra, y los poderes mediáticos y políticos comenzaron a explayarse en la enumeración de los mortíferos arsenales y sistemas de armamento prohibidos que Irak, según ellos, escondía, en una burla intolerable a la comunidad internacional. El chaparrón de denuestos puso sordina a otra serie de noticias que pasaron prácticamente desapercibidas y que ponían en tela de juicio la altura moral de quien exigía desarme a machamartillo, como que el propio Gobierno de Estados Unidos, a los ojos de todos y con flagrante desprecio hacia este tipo de controles multilaterales, estaba resistiéndose, incluso blindándose con legislación ad hoc, a ser inspeccionado por la Organización para la Prohibición de las Armas Químicas (OPAQ), que tenía la misión de verificar el cumplimiento de la CWC por los países signatarios.

Posteriormente iba a comprobarse que muchos de los pavorosos análisis y prospectivas sobre las capacidades bélicas de Irak divulgados o filtrados por instancias políticas, servicios de inteligencia y think tanks de Estados Unidos y el Reino Unido consistían en exageraciones y manipulaciones interesadas, cuando no en groseras falsedades, como los bulos de la capacidad para fabricar en pocos meses la bomba atómica (en una tergiversación de lo informado por la AIEA en 1998), el manejo de planes para librar una "jihad nuclear", la existencia de una "flota de aviones teledirigidos" capaces de alcanzar territorio estadounidense, o la disponibilidad para lanzar un ataque biológico o químico en un plazo de "45 minutos", advertencia esta última que era el plato fuerte de un dossier elaborado por el MI6, el contraespionaje británico, y divulgado a la opinión pública de su país por el Gobierno de Tony Blair en septiembre de 2002.

Por lo que respectaba al delicado asunto de la cobertura legal, Estados Unidos tenía sobre la

mesa todas las resoluciones relacionadas con el desarme irakí que Saddam había burlado, amén de dos resoluciones especiales aprobadas después de los atentados del 11-S, la 1.368 del 12 de septiembre y la 1.373 del 28 de septiembre; la primera expresaba la disposición de los miembros del Consejo a "tomar todas las medidas necesarias" para "combatir el terrorismo en todas sus formas", y la segunda detallaba las obligaciones de los estados miembros para librar dicho combate con efectividad, siempre, eso sí, con arreglo a la Carta de Naciones Unidas. Ahora bien, ninguno de los dos textos mencionaba a países, gobiernos u organizaciones, y, de todas maneras, una operación de tanta gravedad como la invasión directa de Irak iba a precisar de una base jurídica específica y más que sólida, a poco que los deseos de derrocar a Saddam albergaban un prurito legalista, o, en su defecto, un elevado nivel de legitimidad y consenso internacionales.

Por ejemplo, a falta de un asidero nítido en el primer supuesto (las resoluciones de la ONU brindaban, como mucho, un aval implícito), Estados Unidos y sus aliados se basaron en el segundo, un consenso casi universal, para desencadenar la ofensiva contra el régimen talibán afgano, el cual, con la colaboración fundamental de la oposición mujahidín local, fue derrocado en noviembre. En ese momento, ningún país del mundo -salvo Pakistán- mantenía relaciones diplomáticas con el Gobierno que desde la sombra manejaba el recalcitrante líder supremo de los talibán, el mullah Mohammad Omar. Pero volver a invocar las resoluciones antiterroristas 1.368 y 1.373 por todo soporte jurídico para deshacerse de Saddam, cuyo Gobierno era legítimo a la luz del derecho internacional, se antojaba abusivo e inaceptable.

Saddam y su cúpula probablemente entendieron mejor que nadie hasta qué punto Estados Unidos iba en serio contra ellos, y lo que hicieron fue acelerar la dinámica de superar el aislamiento en el mundo árabe. En la cumbre especial de la Liga Árabe celebrada en Beirut el 27 y 28 de marzo de 2002 el vicepresidente Ibrahim consiguió que se condenara cualquier tentativa norteamericana de intervenir en Irak y de paso la escenificación de la reconciliación de su país con Kuwait y Arabia Saudí. Días después Saddam anunció la suspensión unilateral de las exportaciones petroleras durante un mes como medida de solidaridad con los palestinos y de "sanción" a Israel y Estados Unidos.

El 2 de agosto, en el duodécimo aniversario de la ocupación de Kuwait, el ministro de Asuntos Exteriores, Naji Sabri, dirigió una carta a Annan en la que invitaba a Bagdad al jefe de la Comisión de Inspección, Vigilancia y Verificación de la ONU (UNMOVIC), el sueco Hans Blix, para mantener "conversaciones técnicas" sobre la posible reanudación de los trabajos de la antigua UNSCOM, a la que la UNMOVIC reemplazó en diciembre de 1999. Nada más conocer la iniciativa irakí, miembros de la administración Bush declararon su rechazo a cualquier tipo de discusión sobre preliminares o generalidades, y zanjaron que lo que Irak tenía que hacer era desarmarse automáticamente, so pena de exponerse a la invasión. El Gobierno británico se refirió también desdeñosamente al "último de los juegos" de Saddam.

El 12 de agosto el dictador en persona prometió a un diputado británico visitante el acceso incondicional a los inspectores de la ONU, al tiempo que rechazaba que estuviera reconstruyendo una fábrica de armas biológicas y advertía contra una agresión de Estados Unidos. Al mismo tiempo, jerarcas y diplomáticos del régimen se afanaban en una ofensiva internacional para espolear el creciente rechazo a la guerra en Europa y los mundos árabe y musulmán.

El 12 de septiembre Bush puso sus cartas sobre la mesa ante la comunidad internacional. En un áspero discurso en la Asamblea General de la ONU basado en el documento de la Casa Blanca titulado Una década de decepción y desafío, el presidente expuso la intención de su país de atacar a Irak y formuló el pliego de acusaciones contra Saddam: incumplimiento de 16 resoluciones vinculantes del Consejo de Seguridad; desafío a otras 30 declaraciones del presidente del Consejo; tenencia o desarrollo experimental de armas químicas, biológicas y nucleares, y de misiles con más de 150 km de alcance; comisión de masacres contra su pueblo y de violaciones masivas de los Derechos Humanos; apoyo al terrorismo internacional y conspiración para asesinar a líderes internacionales; ocultación de listas de prisioneros de

guerra y otros desaparecidos; negativa a restituir las propiedades robadas en Kuwait y a pagar las indemnizaciones impuestas; y, violación del embargo económico de la ONU.

En resumen, los motivos explícitos y públicos de Estados Unidos para ir a la guerra contra Irak y -meta implícita evidente para todo el mundo- destruir el régimen de Saddam, concernían a la paz, la seguridad, el cumplimiento de la ley internacional y cuestiones de tipo humanitario y moral. Pero existían otras razones no confesadas, de índole geopolítica y económica, que excedían con mucho los objetivos tácticos, en primera lectura razonables o válidos para la comunidad internacional, y que apuntaban a metas estratégicas de Estados Unidos extraordinariamente ambiciosas.

Por de pronto, se trataba de poner a prueba la Doctrina Bush de la disuasión mediante la guerra preventiva, la cual, por cierto, chocaba con la legalidad internacional emanada de la Carta de la ONU, que sólo recoge el derecho de los estados al uso de la fuerza en dos supuestos (articulado del capítulo VII): como "legítima defensa" frente a una agresión producida, y si así lo decide y autoriza el Consejo de Seguridad para contrarrestar una amenaza a la paz o un quebranto de la misma.

El núcleo duro de la administración estadounidense, formado por altos funcionarios, asesores e ideólogos del Departamento de Defensa, varios de los cuales procedían del fundamentalismo cristiano y judío, y apoyado en las argumentaciones de los intelectuales neoconservadores y neorrealistas sobre el falso debate entre "poder duro" y "poder blando" y sobre la necesidad de aprovechar la oportunidad histórica que se le brindaba a Estados Unidos para arraigar su supremacía militar y extender sus valores e intereses en todos los órdenes a una escala planetaria, presionaba para que se liquidara rápidamente a Saddam a modo de escarmiento y aviso a cualquier gobierno o fuerza extranjera hostil del altísimo precio que tendría para ellos recurrir al chantaje o al ataque terrorista-militar contra Estados Unidos.

Responsables como el vicepresidente Dick Cheney, el secretario de Defensa Donald Rumsfeld, la consejera de seguridad nacional Condoleezza Rice, el subsecretario de Defensa Paul Wolfowitz y el presidente del Comité Asesor de Política de Defensa del Pentágono Richard Perle, deseaban imponer en el crucial país del Golfo un régimen moderado, responsable y cooperativo, que no supusiera una amenaza regional y en particular a Israel, y que se erigiera en valladar contra el terrorismo de Al Qaeda. Las consideraciones de seguridad nacional clásica tenían un cariz de urgencia y respondían a preocupaciones genuinas.

Aunque quizá no tan perentorio como los peligros de las armas de destrucción masiva y el terrorismo, también el factor del petróleo revestía una importancia clave: resultaba imperioso que Irak, con sus 112.000 millones de barriles de reservas confirmadas -esto es, el 10% de las reservas mundiales, las segundas después de Arabia Saudí- y otros 220.000 millones de reservas probables, cayera en la zona de control de Estados Unidos por consideraciones de seguridad energética nacional, ya que la política de Bush sobre el particular se basaba en la satisfacción de la creciente demanda interna de combustibles fósiles, mejor si eran baratos, y teniendo presente que Estados Unidos era en esos momentos el mayor consumidor mundial de petróleo irakí a través del programa Petróleo por Alimentos.

Por supuesto, no se ignoraban los pingües beneficios que obtendrían las compañías petroleras estadounidenses en el Irak de posguerra merced a un Gobierno afecto que privilegiara los contratos de explotación con ellas en perjuicio de las firmas francesas o rusas. De resultas de todo ello, Estados Unidos adquiriría una enorme influencia sobre el mercado petrolífero mundial, con los consiguientes recorte del margen de maniobra de la OPEP y fortalecimiento del dólar, que últimamente veía amenazar por el euro su primacía en las transacciones internacionales en diversos puntos del planeta.

Y es que, precisamente, en noviembre de 2000 Bagdad se había pasado a la europea como moneda de referencia para sus pagos y cobros comerciales, a pesar de que entonces estaba más débil que el dólar y que el cambio de divisa supuso pérdidas millonarias para la tesorería

irakí. Hacerse con el control de Irak y redolarizar el país significaría parar en seco el alarmante avance del euro en el corazón geoestratégico del mundo, estación central del ciclo de los petrodólares con que Estados Unidos financia su enorme déficit en la balanza de cuentas corrientes y sostiene su crecimiento.

Más todavía. Clavar una pica política y económica en Irak, incluso convertirlo en su portaaviones estratégico en Oriente Próximo, permitiría a Estados Unidos dejar de depender de Arabia Saudí, que se estaba mostrando como un socio regional menos colaborador y fiable que antaño, sobre todo a raíz del 11-S, y ejercer una presión formidable en sus mismas fronteras sobre los gobiernos antipáticos de Irán y Siria, integrantes del "eje del mal".

Finalmente, el equipo de Bush, dentro de esta lógica imperial, creía que con Saddam fuera de juego, primero Irak, y luego todo Oriente Próximo, coto cerrado de regímenes dictatoriales e inmovilistas, experimentarían un renacer democrático sin precedentes y se abrirían al libre mercado de acuerdo con los intereses de la superpotencia, y que el conflicto de Palestina, fuera de control desde hacía dos años y dejado a su suerte, vería multiplicadas las posibilidades de resucitar el proceso de paz y de desembocar en una entidad estatal palestina, pero satisfaciendo las exigencias israelíes.

12. Tempestad internacional en torno a la inspección del desarme

Con tono de desafío, Bush advirtió ante la Asamblea General que la ONU, o aceptaba las posiciones de su país, o quedaba condenada a la "irrelevancia". La maquinaria militar de la invasión se puso en marcha, ya que la guerra contra Saddam estaba, apenas caben dudas, decidida ya, si bien Estados Unidos se afanó en conseguir del Consejo de Seguridad una resolución con un ultimátum, una última oportunidad a Irak para que cumpliera en plazo breve todo lo que se esperaba de él.

Por momentos, dio la impresión de que los esfuerzos diplomáticos para convencer a los demás estados miembros del Consejo de la necesidad de un ultimátum a Irak estaban destinados a mitigar las aprensiones del aliado británico, ya que el primer ministro Blair temía los efectos políticos domésticos, con posibilidades de rebelión en su propio partido, de una aventura bélica sin el aval de la ONU.

El 17 de septiembre Bagdad notificó que aceptaba el regreso "incondicional" de los inspectores y añadió que Washington ya no tenía justificaciones para atacarle. Al día siguiente, Bush rechazó el anuncio como una "maniobra" y afirmó que la ONU "no debía dejarse engañar" por Saddam. Fue el inicio de seis intensísimos meses de regateos, disimulos, porfías, amenazas y batallas diplomáticas en los que Irak, intentando sembrar divisiones con su exasperante estilo marrullero, y Estados Unidos, seduciendo con promesas de beneficios y presionando con bien poco tacto -hasta el borde del chantaje en algunos casos-, compitieron en la captación de los países miembros del Consejo de Seguridad para sus respectivos planteamientos.

La preguerra diplomática terminó levantando una borrasca sin precedentes en las relaciones internacionales, con Saddam y su país en el ojo de la misma, de la que salieron severamente magulladas la ONU, la Política Exterior y de Seguridad de la Unión Europea y hasta la OTAN, donde la impetuosa belicista y la prepotencia desabrida de Estados Unidos toparon con la resistencia, posibilista y alternativa para unos, obstruccionista e interesada para otros, de Francia y Alemania.

El 1 de octubre Irak y la ONU llegaron a un principio de acuerdo para el retorno de la UNMOVIC sobre la base de las resoluciones del Consejo de Seguridad existentes. Esto contrarió al eje Washington-Londres, que condicionaba la reanudación de las inspecciones a una nueva resolución incluyendo un pliego de exigencias mucho más riguroso a la vez que la amenaza nítida de represalias militares en caso de incumplimiento. A su vez, Francia, Alemania, Rusia y China preferían un doble pronunciamiento del Consejo, sin automatismos: primero, la resolución que fijase las nuevas condiciones del desarme, y, después, de ser preciso, la del ultimátum de la guerra.

Confrontado a la oposición de sus aliados europeos, Estados Unidos dio un poco su brazo a torcer y consensuó un tercer borrador que el 8 de noviembre dio lugar a la ambigua resolución 1.441. Aprobado por unanimidad de los 15 miembros del Consejo, el texto concedía a Saddam una "última oportunidad para cumplir con sus obligaciones de desarme" tal como estipulaba la resolución 687 de 1991. Bagdad tenía un plazo de siete días para notificar su aceptación de la presente resolución y otro de 30 para que entregara a la UNMOVIC una lista exhaustiva del estado de sus programas nucleares, químicos, bacteriológicos y de misiles balísticos. Los inspectores empezarían sus trabajos en 45 días a más tardar y dispondrían de libre acceso a todos los rincones del país, incluido los palacios presidenciales.

La resolución no contenía una autorización del uso automático de la fuerza en caso de incumplimiento, así que si la UNMOVIC, la AIEA o un Estado miembro constataban una nueva violación irakí, el asunto regresaría al Consejo para ser tratado. Pero sí recordaba a Irak que ya había sido repetidamente advertido de las "serias consecuencias" de la persistencia de su actitud. El lapidario eufemismo para referirse a la invasión estaba ahí, y, además, en el preámbulo de la resolución, el Consejo recordaba que el alto el fuego de la guerra de 1991 descansaba en el acatamiento de los mandamientos de la resolución 687. La 1.441 dejaba suficientes elementos en el aire como para municionar los argumentos de unos y de otros sobre el supuesto del uso de la fuerza, si bien Estados Unidos anticipó que no se dejaría constreñir por los mecanismos del Consejo si consideraba que no podía demorarse por más tiempo la intervención militar.

El 13 de noviembre, dos días antes de expirar el primer plazo, el Gobierno de Saddam aceptó "sin reservas" la 1.441, el 18 llegó a Bagdad Hans Blix con una avanzadilla de expertos y el 27 comenzaron las inspecciones de la UNMOVIC. El 5 de diciembre Saddam elevó gratuitamente la tensión al amenazar con expulsar a Blix y su gente a menos que "cambiaran de actitud", en relación con las "malas maneras" demostradas durante las comprobaciones efectuadas en un palacio presidencial, y al arremeter contra el "arrogante e injusto despotismo americano", advirtiendo de paso que podía "agotársele la paciencia" y que, si ésta se le hacía, dispondría lo necesario para "ganar la guerra".

El 7 de diciembre, un día antes de expirar el segundo plazo, Irak presentó el informe requerido, un voluminoso legajo de 12.000 páginas que no aportaba ninguna evidencia de la posesión de armas prohibidas. Realizado el escrutinio del informe por los miembros del Consejo, el 17 de diciembre estadounidenses y británicos denunciaron no haber hallado en él más que "omisiones obvias". Bush confesó su "preocupación" y "pesimismo" por el cariz que tomaba la crisis, y remachó que el informe presentado por los irakíes era "decepcionante para quienes ansiamos la paz". En otras palabras, por lo que respectaba a Estados Unidos, Irak ya había violado la 1.441.

El 27 de enero de 2003, mientras seguían llegando miles de tropas de combate a la zona del Golfo, tuvieron lugar las esperadísimas compareencias ante el Consejo de Seguridad de Blix y del egipcio Muhammad El Baradei, director general de la AIEA, para dar cuenta de dos meses de rastreos de armas, químicas, biológicas y misiles en el primer caso, y nucleares en el segundo.

Muy crítico, el jefe de la UNMOVIC informó que su grupo no había hallado nada comprometedor (la "pistola humeante" cara a Bush), pero también era cierto que los irakíes no estaban colaborando "en la sustancia" y seguían sin dar explicaciones sobre qué se había hecho de importantes cantidades de precursores, componentes y municiones no declarados de los que la UNMOVIC tenía noticia, como un número incierto de toneladas de gas nervioso VX y de miles de litros de ántrax o carbunco. Las cifras se exponían en el antepenúltimo informe de trabajo enviado por la UNSCOM al Consejo, en enero de 1999, antes de ser expulsada, si bien la predecesora de la UNMOVIC en ningún momento dio por sentada la existencia de las armas: lo que entonces dijo fue que observaba un desajuste total entre los datos de preguerra que ella manejaba y lo que el Gobierno irakí le decía, siendo así que no era capaz de hacer confirmaciones.

El Baradei fue menos contundente que su colega sueco y relató que no tenía constancia de que Irak estuviera intentado reanimar su programa nuclear, si bien resaltó la cuestión de la posible adquisición de unos tubos de aluminio endurecido susceptibles de emplearse para fabricar bombas atómicas. Los dos inspectores convinieron en que necesitaban más tiempo para completar sus misiones.

Blix indicó con claridad qué era lo que tenía que hacer Saddam: bien declarar todos los programas de armas de destrucción masiva y presentar esos ingenios para su eliminación, o bien entregar pruebas demostrativas de que ya habían sido destruidos. Claro que la disyuntiva encerraba un agudo dilema para el dictador, ya que si hacía lo primero (eso, en el supuesto de que tuviera las armas), revelaría las pruebas de su culpabilidad y se condenaría ante el mundo, y si hacía lo segundo (suponiendo que no las tuviera ya), se quedaría sin la baza disuasoria de la duda internacional sobre qué escondía realmente y qué estaba en condiciones de emplear en caso de ser agredido.

Hiciera lo que hiciera Saddam, nunca le creería Estados Unidos, que iba a atacarle de todas maneras porque la guerra en ciernes se fundaba en un abanico de motivaciones que excedía con mucho la cuestión del desarme. Pues bien, Saddam no hizo ni lo uno ni lo otro, se guardó el misterio para sí y se dedicó a lo que mejor sabía hacer: negarlo todo, escabullirse y dirigir improperios y bravuconadas contra quienes querían hacerle mal, aunque reservándose dosificar las cesiones a cuentagotas. En definitiva, siguió balanceándose peligrosamente en su cuerda de funambulista, actitud que, en retrospectiva, hace alzar las cejas, ya que después de la guerra el mundo iba a conocer la clamorosa verdad: que en vísperas de la guerra las armas de destrucción masiva no existían y que los gobiernos que realizaron y promovieron la sangrienta invasión engañaron y mintieron a las opiniones públicas de sus países y de todo el mundo.

El 29 de enero, en el discurso sobre el estado de la Unión, Bush proclamó la disposición de su país a emprender contra el régimen de Saddam "cualquier acción" que considerase necesaria con el fin de "defender la libertad y la seguridad de nuestro pueblo, y la paz del mundo". En esta ocasión, el mandatario realizó de pasada una acusación muy grave, que posteriormente iba a revelarse como una mera invención: que Bagdad, según sabía el Gobierno británico, había intentado recientemente procurarse unas "cantidades significativas de uranio de África" (concretamente, de Níger, tal como se mencionaba en el dossier de septiembre, si bien Bush no citó el país).

Las supuestas pruebas que incriminaban a Saddam fueron expuestas por el secretario de Estado Powell al Consejo de Seguridad el 5 de febrero. Nunca antes Estados Unidos se había tomado tantas molestias en fundamentar sus acusaciones, y el abundante material mostrado, con fotografías de satélite y conversaciones telefónicas escaneadas por los servicios de inteligencia, dieron realmente que pensar, sobre todo lo concerniente a 18 camiones de gran tonelaje habilitados, se insistía, como laboratorios móviles de armas químicas y biológicas. Pero Powell no logró convencer a los tres miembros permanentes del Consejo, Rusia, China y Francia, de que el dictador estaba escamoteando armas y sistemas a la UNMOVIC, y burlándose de la comunidad internacional. Cada vez más impaciente, dos días después Bush espetó directamente a Saddam con un lapidario "the game is over" ("el juego ha terminado").

El 14 de febrero, en vísperas de dos jornadas de masivas manifestaciones populares contra la guerra en todo el mundo, Blix y El Baradei emitieron su segundo informe al Consejo de Seguridad, que era un poco más de lo mismo: se constataba una evolución ligeramente positiva en la cooperación irakí, aunque todavía no se podían sacar conclusiones sobre el desarme. Blix volvió a ser crítico con la parte investigada, pero desestimó como no concluyentes las que para Powell eran las pruebas gráficas incontrovertibles de maniobras irakíes de ocultación de equipos sospechosos en vísperas de determinadas inspecciones por sorpresa. El 26 de febrero Saddam concedió a la cadena CBS la primera entrevista a un medio estadounidense desde 1990; entre otras cosas, aseguró que no tenía intención de exiliarse y ofreció un debate cara a cara y televisado con Bush para rebatir las acusaciones que le hacía.

Luego de la segunda comparecencia de los inspectores las divisiones se acentuaron en el Consejo de Seguridad, perfilándose los tres bloques: los partidarios de emplear la fuerza sin dilación porque creían que la resolución 1.441 ya había sido violada, que eran Estados Unidos, Reino Unido, España y, con menos vehemencia, Bulgaria; los partidarios de seguir dando tiempo a las inspecciones en el convencimiento de que éstas estaban funcionando, a saber, Francia, Alemania, Rusia, China y Siria; y, los que se resistían a definirse en una u otra postura, a la espera de que los cinco grandes se pusieran de acuerdo, es decir, Chile, México, Angola, Camerún, Guinea y Pakistán, los cuales exhibieron diferentes matices de reluctancia y de tibieza.

Las convicciones de fondo se reafirmaron, pero, paradójicamente, las posturas sobre la segunda resolución se invirtieron: ahora era el grupo de países partidarios de la guerra el que quería un pronunciamiento adicional del Consejo haciendo notar que Irak no había "aprovechado la última oportunidad" de la 1.441 y dando paso a la acción militar, mientras que el grupo franco-ruso-alemán salió a rechazar esa eventualidad. Embajadores, altos funcionarios y miembros del Ejecutivo de Estados Unidos, con bien poco éxito, intensificaron las presiones de una agresividad pasmosa a colegas de los países contrarios y vacilantes; la consigna era clara: el Consejo no tenía en sus manos decidir sobre la guerra, sino únicamente si iba secundar o no a Estados Unidos en la misma.

El 7 de marzo, luego de que Bagdad comenzara a aplicar las exigencias de la UNMOVIC de permitir los sobrevuelos de aviones espía puestos a su servicio y de destruir todos los misiles experimentales tierra-tierra Al Samud II por ser sospechosos de sobrepasar los 150 km de alcance, tuvo lugar la tercera comparecencia informativa de los inspectores ante el Consejo. En esta ocasión, El Baradei dijo que había indicación de que Irak tuviera armas ni programas nucleares, mientras que Blix admitió "progresos" en su terreno y solicitó "no años ni semanas, sino meses" para completar su trabajo. De paso, los dos funcionarios no dudaron en refutar puntualmente la veracidad de varias aseveraciones hechas por la administración Bush; el sueco afirmó no tener constancia de la existencia de los laboratorios móviles, y el egipcio calificó de "infundados" los informes sobre el tráfico de uranio entre Irak y Níger.

El mismo 7 de marzo, Estados Unidos, Reino Unido y España presentaron su segundo borrador de nueva resolución (el primer borrador fue divulgado el 24 de febrero) que fijaba a Irak un ultimátum para el desarme antes del 17 de marzo. En la víspera, Bush advirtió que no iba a "dejar al pueblo estadounidense a merced del dictador irakí" y que no necesitaba "el permiso de nadie" para defender a su país de Saddam y "de sus armas". El 10 de marzo el presidente francés Jacques Chirac y el ministro de Exteriores ruso Igor Ivanov aseguraron que sus países vetarían cualquier resolución ultimando a Irak.

El 12 de marzo el Reino Unido, mucho más preocupado que su desdenguado aliado americano por el punto muerto en que se hallaban las negociaciones diplomáticas, propuso al Consejo aprobar una lista de exigencias a Irak, a modo de tercer borrador de resolución, para esquivar la salida bélica; se insistía en el desarme completo y verificado, y se incluía una obligación específica para Saddam harto peregrina, a la que ningún jefe de Estado del mundo se plegaría por lógicas razones de honor nacional y de legitimidad personal: que ante las cámaras y micrófonos de su país confesara al mundo "haber tratado de esconder en el pasado armas de destrucción masiva" y anunciara haber "tomado la decisión estratégica" de no volver a producirlas. La propuesta de Blair nació muerta, pero el desenlace de la crisis ya era inminente.

13. Fracaso de la diplomacia de la ONU e invasión por Estados Unidos

El grupo de Estados Unidos tenía sólo cuatro votos y necesitaba como mínimo cinco más para sacar adelante la segunda resolución, y eso siempre que no aplicara el veto cualquiera de los tres miembros permanentes refractarios a la guerra, aunque, precisamente, confiaba en que ni franceses ni rusos se atreverían a ejercer este su derecho a la hora de la verdad.

Viendo que eran incapaces de atraerse a uno solo de los seis países diletantes para votar en favor del ultimátum (al menos, de obtener de ellos una definición pública de su postura

favorable), Estados Unidos, Reino Unido y España decidieron terminar con sus esfuerzos y seguir adelante sin la ONU, a la vez que se exoneraban de toda responsabilidad en el clamoroso fracaso y adjudicaban éste al otro bando, con Francia a la cabeza, por su terquedad. Stricto sensu, más en un asunto tan grave como la invasión a gran escala de un Estado miembro y la pretensión de derrocar a su Gobierno, el camino emprendido por estos tres países suponía un acto unilateral que violaba la legalidad internacional emanada del derecho de la ONU.

El 16 de marzo Bush, Blair y el presidente del Gobierno español, José María Aznar, comparecieron ante la expectante comunidad internacional en Lajes, islas Azores, en un encuentro decisivo que un sector de la prensa dio en llamar la "cumbre de la guerra" y que tuvo de anfitrión al primer ministro portugués, José Manuel Durão Barroso.

Con el semblante tenso pero decidido, los dirigentes dieron parte de una declaración llamada El compromiso con la solidaridad transatlántica y pronunciaron alocuciones personales en las que hicieron capítulo de los incumplimientos y desafueros de Saddam, explicaron sus razones para lanzar el ataque, que, armas prohibidas aparte, se proponía directamente acabar con el régimen baazista ("el pueblo irakí merece quedar libre de la inseguridad y la tiranía"), y dieron por suficientes la 1.441 "y las resoluciones anteriores", a efectos jurídicos. Además, lanzaron un plazo de 24 horas para que la diplomacia de la ONU resolviera la crisis, lo cual más pareció un ultimátum a los países del Consejo de Seguridad ausentes de la Cumbre Atlántica de Lajes. En las horas y días siguientes, 30 gobiernos del mundo aceptaron ser citados como integrantes de la coalición internacional abanderada por Estados Unidos.

En ese momento, la coalición aliada tenía acampados en Kuwait, Qatar, Bahrein, Omán, Arabia Saudí y los Emiratos Árabes Unidos, y abordo de portaaviones y otros buques apostados en las aguas del Golfo, el océano Índico, el mar Rojo y el Mediterráneo alrededor de 260.000 soldados, pilotos y marinos, de los cuales 35.000 eran británicos y 2.000 australianos, siendo el resto estadounidenses, y varios miles más estaban en camino. España se disponía a embarcar a un millar de hombres en misión no de combate y Polonia estaba en trance de despachar unas cuantas decenas de comandos para operaciones especiales.

La superpotencia americana tenía en la zona cinco portaaviones, tres en el mar Arábigo y dos en el Mediterráneo oriental, aportando un millar de aeronaves. Además, contaba con la flota de bombarderos asentados en bases nacionales, europeas y en la isla británica de Diego García, en mitad del Índico. Nuevas generaciones de armamento ofensivo de elevada precisión y enorme poder destructivo, sobre todo en la guerra aérea, habían entrado en servicio desde la contienda de 1991.

A este temible aparato bélico, que aunaba ventajas cuantitativas y una supremacía tecnológica apabullante, Saddam oponía los malamente armados 350.000 soldados en activo del Ejército regular y por lo menos medio millón más de teóricos reservistas, aunque de su efectividad para el combate se dudaba mucho más que la atribuida a los 80.000 efectivos de la Guardia Republicana, encuadrados en seis divisiones (Adnán, Al Nida, Bagdad, Hammurabi, Medina y Nabuconodosor), algunas de ellas acorazadas.

Por lo que se refiere a las fuerzas en la retaguardia, estaban los 13.000 miembros de la Guardia Republicana Especial a las órdenes de Qusay, que, por adiestramiento, motivación y pertrechos, se antojaba, eran los únicos capaces de plantear algún tipo de defensa ordenada en la capital, más una pléyade de fuerzas paramilitares que el régimen podía reclutar como tropas auxiliares para el combate callejero y acciones de tipo partisano: los 15.000 Fedayin Saddam de Uday, los 150.000 hombres y mujeres alistados en el Ejército Popular o Jaish Al Shaabi, la milicia del Baaz, y los 25.000 o 30.000 funcionarios armados (el número era incierto) pertenecientes a los distintos cuerpos de seguridad.

En cuanto a los arsenales, estudios militares occidentales hablaron de 2.200 carros de combate, 1.900 piezas artilleras y 1.500 misiles tierra-aire y tierra-tierra, aunque estaba por ver cuántas de estas obsoletas unidades estaban operativas o eran capaces de infligir algún daño,

después de doce años sin el necesario mantenimiento técnico. Y, por supuesto, a Saddam le quedaban las armas químicas y biológicas que supuestamente escondía, aunque algunos analistas arguyeron que si fuera cierto que estas armas existían y estaban listas para ser empleadas, Bush y Blair se habrían guardado de exponer a sus tropas a campo abierto.

El mismo día de la cumbre de Azores, Saddam dividió el país en cuatro regiones militares a cuyo frente puso a sendos comandantes con plenos poderes: la Central, incluyendo Bagdad, las zonas de mayoría sunní y Tikrit, para su hijo Qusay; la del Sur, de mayoría shií, para el primo Alí Hassán al-Majid; la del Norte, de mayoría kurda, para el vicepresidente Izzat; y la de Éufrates Central, en el despoblado oeste irakí, para Mizbán Khadr Hadi, miembro del CMR y del Mando Regional del Baaz. Saddam se reservó para sí el control de la fuerza aérea (que, como en 1991, no parecía que fuera a hacer acto de presencia), la defensa antiaérea y las unidades de misiles.

El 17 de marzo Estados Unidos y sus aliados retiraron su proyecto de segunda resolución minutos antes de reunirse el Consejo de Seguridad, Annan ordenó la salida de Irak de todo el personal de la ONU, inclusive los inspectores de la UNMOVIC y los monitores de la UNIKOM que vigilaban la Zona Desmilitarizada (DMZ) extendida a lo largo de la frontera (5 km dentro de Kuwait y otros 10 km dentro de Irak), y Saddam se descolgó con una declaración reconociendo haber tenido armas de destrucción masiva durante la guerra con Irán, pero no desde entonces.

A las 8 de la tarde del lunes 17 de marzo, siendo las 4 de la madrugada del martes 18 en Irak, Bush lanzó el ultimátum: Saddam, junto con sus hijos, tenía 48 horas para exiliarse y permitir la "entrada pacífica" de las tropas de la coalición, so pena de convertirse en un "enemigo mortal hasta el final" contra el que se desencadenaría un "conflicto militar". Para Bush, el "día de la liberación" de Irak estaba "cercano". Por la mañana, Saddam, enfundado en su uniforme militar por primera vez desde la guerra de 1991, hizo saber su respuesta negativa, al tiempo que Uday les vaticinaba "lágrimas de sangre" a las esposas y las madres de los soldados norteamericanos. El miércoles 19 la avanzadilla de la tropa de invasión penetró en la DMZ.

Expirado el ultimátum a las 20 horas del 19 en el horario de Washington, la bautizada como Operación Libertad Irakí (Iraqi Freedom) comenzó exactamente 95 minutos más tarde, a las 5,35 de la madrugada del jueves 20 en el horario de Bagdad, con un bombardeo de misiles de crucero mar-tierra y de aviación contra objetivos seleccionados en la capital, puntos neurálgicos del poder militar irakí, sobre todo centros de comunicaciones y mando. Menos de una hora después, Bush compareció para anunciar a sus gobernados que había empezado una guerra que "podría ser más larga y difícil" de lo que algunos predecían, aunque ésta no iba a ser una campaña en que las medidas se tomaran "a medias", y para recalcar que ellos no tenían otra ambición en Irak que "eliminar una amenaza y restaurar el control del país por su propio pueblo".

14. Desarrollo de la ofensiva, conquista de Bagdad y derrocamiento del régimen

Para Saddam empezó la partida postrera, y no cabe duda de que concedió total crédito a los machacones avisos de Bush y su equipo de que esta vez, costase lo que costase, no iban a parar hasta acabar con él. Es lo que se desprende de unas informaciones divulgadas por medios de Estados Unidos meses más tarde sobre que el dictador habría realizado en vísperas de la invasión febriles intentos de negociar lo innegociable con la CIA y el Pentágono a través de un hombre de negocios libanés.

Puesto que los ataques y la destrucción se cebaron a su alrededor desde el primer momento, Saddam, simplemente, se eclipsó, cubriendo con un manto de misterio virtualmente todo aquello en lo que el pueblo irakí se la jugaba: la estrategia militar, la cadena de mando, las tácticas de supervivencia a largo plazo y las intenciones inmediatas para con respecto a él, su gente más próxima, su ejército, su partido, su régimen y el país entero. Aparentemente, Saddam intentaría resistir el embate hasta que la presión política internacional y la opinión pública occidental, sobre todo la de Estados Unidos y el Reino Unido, cansada de una guerra alargada y de un número inaceptablemente alto de bajas, tanto de los soldados propios como de los civiles

irakíes, obligaran a Bush y a Blair ordenar la retirada. Pero estaba por ver cómo podría el dictador salir airoso en semejante apuesta.

Se reprodujeron pautas de la contienda de 1991 relacionadas con la guerra psicológica y la propaganda, como el lanzamiento (inocuo) de unos pocos misiles Scud contra suelo kuwaití, la exhibición de prisioneros de guerra capturados, y la difusión de imágenes de soldados enemigos abatidos, de algún helicóptero derribado y de los estragos que estaban produciendo los bombardeos supuestamente quirúrgicos en núcleos habitados, amén de equívocas y fugaces filmaciones del líder supremo presidiendo consejos de su estado mayor o dirigiendo animosos mensajes a la nación con profusión de invocaciones a Alá.

También, y en esta ocasión explotándolo hasta la caricatura, el Gobierno irakí, al que puso rostro principal el ex ministro de Exteriores y ahora ministro de Información, Muhammad Said as-Sahhaf (el cual, por el desparpajo con que realizó su cometido, se convirtió en toda una estrella de las televisiones), facilitó triunfales partes de guerra que hablaban del rechazo del enemigo con severas bajas infligidas incluso cuando, a escasas horas de derrumbarse todo, los tanques de Estados Unidos se enseñoreaban ya de las avenidas de la capital. Claro que los medios de información adictos y oficiales de las potencias atacantes no se quedaron cortos en esta frenética competición por manipular y tergiversar la verdad de la guerra en favor de uno u otro bando.

El régimen saddamista, como no podía ser de otra manera, sucumbió a la Operación Libertad Irakí al cabo de 21 días de furor bélico que, aunque no fue precisamente un paseo militar para Estados Unidos y el Reino Unido, sí mostró a las claras el aplastante desequilibrio de las fuerzas enfrentadas, principalmente en el lado cualitativo, y el bien poco interés mostrado por la tropa regular irakí, mal alimentada y peor armada, en llevar a la práctica el conocido juramento, salmodiado por los asistentes en todos los actos de adhesión coreografiados por el Baaz, de "Por ti sacrificaremos nuestra sangre y nuestras almas, Saddam".

Ciertamente que, en las presentes circunstancias, salir a plantar cara a los invasores foráneos a campo descubierto era poco menos que buscar el suicidio, a menos que existiera y se llevara hasta sus últimas consecuencias la lealtad ideológica al régimen, cuya desaparición sólo podría deparar a quienes le habían servido con eficiencia represiva la hora de la rendición de cuentas y la revancha de los represaliados. El patriotismo movilizador desprovisto de simpatías baazistas no parece que conquistara muchas mentes, hartas de guerras, de penurias y de persecuciones políticas. Por lo demás, tal como habían advertido los detractores de la guerra en todo el mundo, las consecuencias fueron trágicas para el pueblo irakí, que pagó un tributo de miles de muertos, y eso sin contar con la orgía de violencia que iba abatirse sobre el país bajo el régimen de ocupación extranjero.

Ya el primer día de la guerra, por la noche, inmediatamente después de sufrir Bagdad una segunda oleada de bombardeos y precedida por la batida del terreno con fuego de artillería pesada y de helicópteros, comenzó la invasión terrestre a cargo de 150.000 soldados estadounidenses y británicos, que abrieron dos frentes.

La primera punta de lanza, compuesta por elementos de la I División Acorazada, la VII Brigada Acorazada (las Ratas del Desierto), la XVI Brigada de Asalto Aéreo y los Royal Marines por parte del Reino Unido, más la I Fuerza Expedicionaria de Marines de Estados Unidos, tenía como misión la captura inmediata de la franja costera, el Chatt Al Arab y los campos petroleros de Rumaila, Zubayr y Nahr Umr en torno a Basora; el otro cuerpo ofensivo, consistente en la III División de Infantería Mecanizada y la CI División Aerotransportada de Estados Unidos, comenzó una galopada hacia Bagdad dejando el río Éufrates a la derecha y sin la intención de detenerse en la conquista metódica de las ciudades intermedias.

En el frente del extremo sur, donde no estaban destacadas divisiones de la Guardia Republicana, la resistencia fue liviana, pero el mero hecho de que la hubiera echó por tierra algunos pronósticos triunfalistas sobre una rendición en masa de los irakíes a la primera

arremetida aliada. Los británicos capturaron la península de Al Fao el segundo día y los norteamericanos hicieron lo propio con el campo de Rumaila y la ciudad de Safwán el tercer día, aunque el puerto de Umm Qasr no lo tuvieron enteramente controlado hasta el sexto día, 25 de marzo.

Además, la gran ciudad de Basora, pese a los duros bombardeos a que fue sometida y a las contradictorias informaciones sobre alzamientos de población shií contra los milicianos baazistas y los soldados regulares, insurrección que debería facilitar la entrada de los aliados y poner fin a una situación humanitaria insostenible, constituyó un obstáculo durante 18 días. Los británicos se quedaron a terminar de conquistar la provincia, pero los marines norteamericanos remontaron el Chatt Al Arab y se encaminaron a Bagdad por la zona pantanosa comprendida entre el Tigris y el Éufrates.

Paralelamente, en el frente principal al oeste del Éufrates, la III División topó con una resistencia inesperada en Nasiriyah, Najaf y Karbala, ciudades que distrajeron un importante número de efectivos aunque no al grueso de la columna, que les dio un rodeo y continuó hacia el noroeste. Sin embargo, las pésimas condiciones ambientales en el desierto, el alargamiento de las líneas de suministro deficientemente protegidas por los blindados y el hostigamiento de unidades irakíes con resolución combativa y tácticas de emboscada ralentizaron notablemente el avance de la III División hacia el día 25, cuando su vanguardia ya estaba a menos de 100 km de Bagdad.

Ello, más la no concreción de la revuelta de los shiíes del sur -quienes, aparentemente escarmentados de su desastroso alzamiento posbélico de 1991, prefirieron no intervenir y esperar el final de la guerra- y el veto de Turquía a la apertura del tercer frente terrestre en el Kurdistán -planeado para cortar la posible retirada de Saddam y sus huestes hacia sus bastiones sunníes del norte y sellar el cerco de Bagdad-, alimentó análisis militares sombríos sobre una penosa guerra de desgaste que podría durar meses, e incluso lo que el 20 de marzo se antojaba inconcebible, que la campaña fuera perdida por Estados Unidos. Y es que, si en el sur shií tropas irakíes pobremente armadas estaban frenando el avance aliado y causando bajas, ¿qué podría suceder en el centro-norte sunní, donde había muchos paisanos y tribus saddamistas, y en el gran Bagdad, custodiado por las divisiones de la Guardia Republicana, la Guardia Republicana Especial y decenas de miles de fedayines y milicianos en armas?.

No había indicios de un próximo colapso de las fuerzas de Saddam (en el duodécimo día de la guerra los aliados reconocieron no tener más que 8.000 prisioneros, la mayoría rendidos voluntariamente), y Bush y Rumsfeld, por obvias razones de política interna, tampoco querían que los caídos propios dejaran de contarse por decenas y se convirtieran en centenares, extremo probable si el Pentágono ordenaba tomar las ciudades dejadas atrás en asaltos frontales. Para anular el escenario que Saddam parecía acariciar, el de plantar la batalla decisiva en Bagdad y arrastrar a los invasores a un sangriento combate urbano (sabido el escaso aprecio que Saddam tenía por la vida de sus gobernados, todo el mundo le creía perfectamente capaz de usar a los cinco millones de bagdadíes como barricada), Rumsfeld confiaba en la imposición de la supremacía cualitativa y sobre todo en el dominio absoluto del aire, a través de bombardeos sistemáticos e inmisericordes de las posiciones enemigas.

La estrategia, gráficamente bautizada como conmoción y pavor (shock and awe), se cebó en Bagdad y sus alrededores desde el segundo día de la guerra -si bien todas las grandes ciudades fueron atacadas desde el aire-, dejando un rosario de matanzas de civiles; perseguía machacar los dos anillos defensivos de la ciudad, romper la voluntad de combatir que pudiera albergar la Guardia Republicana y cazar a Saddam y los altos prebostes en sus refugios, para descabezar el régimen y desarticular la cadena de órdenes. Se tenía por seguro que la tropa, en cuanto se enterara de que Saddam había sido muerto o apresado, depondría toda resistencia en el acto.

El presidente se cuidó de dosificar las comparecencias televisivas para desmentir las conjeturas del Ejército estadounidense y demostrar que había conseguido escapar ileso de los misiles

teledirigidos que llevaban su nombre escrito con tiza; así lo hizo en las primeras horas de la guerra, cuando aseguró que iban a enfrentarse a los invasores "con la ayuda de Dios" y a obligarles a "perder la paciencia y la esperanza de lograr lo que les impusieron los sionistas criminales".

Hasta el desenlace del 9 de abril, Saddam dio señales de vida en otras siete ocasiones: el 21 de marzo se mostró recibiendo a Qusay y al ministro de Defensa, Mahmud Dhiyab al-Ahmad; el 22 de marzo apareció presidiendo una reunión de la cúpula con una escenificación de relajo y de tener todo bajo control; el 24 de marzo emitió un segundo discurso en el que avizó "una pronta victoria" y afirmó que "quien resiste, vencerá"; el 31 de marzo encabezó otro consejo de su estado mayor, flanqueado esta vez por sus dos hijos y horas antes de que el Gobierno divulgara un mensaje suyo llamando a la jihad del mundo musulmán; el 3 de abril apareció celebrando una reunión con oficiales del Baaz; y el 4 de abril hizo presencia por partida doble: discursando de nuevo a la nación y realizando una visita "sorpresa" de inspección en un barrio bombardeado en la que, luciendo una sonrisa de oreja a oreja y con ademanes victoriosos, se puso a estrechar las manos a unos cuantos hombres vestidos de civil que acudían a vitorearle, un baño de contacto físico que pareció tanto más extraño cuanto que en las imágenes no se apreciaba un cordón de seguridad más allá de dos o tres guardaespaldas.

Todo este intrigante material levantó dudas entre los oficiales de Estados Unidos que lo escrutaron: a falta de referencias temporales en los mensajes o del audio en algunas imágenes, se especuló con que se trataran de grabaciones realizadas antes de la guerra. Si se aceptaba que eran emisiones del momento, se desconocía dónde habían sido hechas, lo que no arrojaba pista alguna sobre la localización de su protagonista, quien, de todas formas, parecía seguro que seguía en Bagdad. Incluso se habló de la entrada en juego de los famosos socios del dictador.

El 31 de marzo se registró en las proximidades de Najaf el primer enfrentamiento directo entre la III División y la Guardia Republicana, y a los irakíes debió irles francamente mal. Al día siguiente los marines tomaron la tercera ciudad importante después de Umm Qasr y Safwán, Diwaniyah, al este de Najaf. Entre tanto, progresaba lentamente el frente secundario del Kurdistán, abierto el 25 de marzo con el lanzamiento de comandos de operaciones especiales y de paracaidistas de la LXXXII División Aerotransportada, los cuales facilitaron el avance hacia las ciudades del sur de los combatientes de la PUK.

El 2 de abril se produjo la ruptura del impasse bélico, por vía doble: la III División consiguió atravesar el segundo anillo defensivo de Bagdad, dejó Karbala a sus espaldas y cruzó un canal sobre el Éufrates al nordeste, en Musayyib, situándose a 30 km de la capital, mientras que la I Fuerza de Marines, tras anular a la Guardia Republicana salida a su encuentro en Kut, tomó un puente crucial sobre el Tigris en Numaniyah, al oeste de aquella ciudad, que abría el acceso por carretera a la capital; todo en un día, tropas de la CI División entraban en Najaf, donde fueron bien acogidas por la población.

A partir de este momento, las operaciones se aceleraron: el 3 de abril, la CI División completó su control sobre Najaf, conquistó Hindiyah, la conexión fluvial de Karbala, quebró el primer anillo de seguridad de Bagdad y se situó en condiciones de tomar el aeropuerto internacional, a la par que en su sector los marines reducían la bolsa de resistencia de Hillah; el 4, al cabo de una batalla de tanques, los estadounidenses se hicieron con el aeropuerto de Bagdad, y el cerco al perímetro metropolitano por las direcciones sudeste, sur y sudoeste comenzó a tomar forma; el 5, cayó Nasiriyah en el sur y una brigada blindada de la III División realizó una destructiva incursión en el interior de Bagdad antes de girar a la izquierda y retirarse al aeropuerto, que fue acondicionado a toda velocidad para empezar a recibir aviones; el 6, la CI División entró en Karbala y los británicos se adueñaron del centro de Basora, la cual controlaron totalmente al día siguiente.

La impune penetración de tanteo del 5 de abril reveló que las defensas urbanas de Bagdad eran muy débiles y animó al mando estadounidense a lanzar la arremetida final, despreciando las

advertencias del régimen sobre que "miles de voluntarios árabes" se habían incorporado a la defensa de la capital y que ellos, al igual que los fedayines de Uday, estaban listos para lanzarse cargados de explosivos contra los soldados y los vehículos norteamericanos, multiplicando por cien el puñado de ataques suicidas registrado hasta el momento. En la víspera, el ministro Said as-Sahhaf anunció un "ataque no convencional" contra las tropas americanas que se hallaban "aisladas" en el aeropuerto internacional y del cual éstas no podrían "sobrevivir" a menos que aceptaran la "rendición".

Nada de todo eso sucedió. De la noche a la mañana, las divisiones de la Guardia Republicana, o lo que quedaba de ellas, de desvanecieron. La aguerrida Guardia Republicana Especial a las órdenes de Qusay, oficialmente intacta, casi no hizo acto de presencia. Y la ausencia fue verdaderamente total en el caso de las armas de destrucción masiva que Saddam supuestamente poseía y que eran el principal motivo oficial de la guerra, armas que el dictador, puesto en una lógica de morir matando porque lo más consolador que podía esperar del enemigo era la capitulación incondicional, el apresamiento y la cárcel de por vida, bien podría haber lanzado contra las concentraciones de tropas americanas, con horribles consecuencias para todo el mundo. En resumidas cuentas, la temida batalla de Bagdad no tuvo lugar más allá de escaramuzas y algunos combates de mediana entidad y menor duración, por la posesión de determinados puntos neurálgicos, como los puentes fluviales y los accesos a las autopistas.

El 7 de abril la III División lanzó una segunda incursión, esta vez dirigida contra el corazón de la ciudad. Sus infantes se hicieron con varios edificios oficiales, entre ellos el imponente Palacio de la República, que era el principal complejo de dependencias relacionado con Saddam, en la llamada zona presidencial, levantada en un recodo del Tigris. El 8 de abril los norteamericanos expandieron su control en los distritos residenciales, establecieron una cabeza de puente sobre el río en pleno barrio de los ministerios y tomaron también el aeródromo militar Rashid, al sudeste. El régimen político establecido en 1968 y dirigido con carácter absoluto por Saddam desde 1979 vivía sus últimas horas.

El miércoles, 9 de abril de 2003, toda resistencia coherente en Bagdad se desmoronó y el Ejército estadounidense, avanzando desde tres direcciones, se desplegó en los puntos del centro y en los distritos del noroeste de la ciudad que les faltaban por tomar. Los marines y sus tanques se presentaron en los hoteles Palestine y Sheraton, que acogían a la prensa internacional, y en la aldea plaza Fardous, en la orilla este del río, donde se erigía una imponente estatua de Saddam saludando con el brazo en alto inaugurada hacía menos de un año con motivo de su 65 aniversario.

Los televidentes de todo el mundo presenciaron en directo unas impactantes escenas llenas de carga simbólica y donde se confundieron lo espontáneo y lo preparado. Tímidamente primero, más decididamente después, corrillos de hombres bagdadíes fueron congregándose bajo el compacto monumento con el propósito de derribarlo con métodos rudimentarios que fueron improvisando (a golpes de maza y tirando de sogas). Ante lo vano de sus esfuerzos, se acercaron los soldados norteamericanos con una grúa de su parque móvil que, haciendo estallar de alegría a la concurrencia, sí logró echar abajo la estatua al primer tirón, pero no sin que antes uno de los marines encapuchara la cabeza de Saddam con la bandera de las barras y estrellas para acto seguido sustituirla por una enseña irakí a requerimiento de los excitados participantes en el telegénico acto.

15. El clandestino más buscado en un país ocupado y exangüe
(Epígrafe en previsión)

16. Endurecimiento de la resistencia y captura final por el Ejército estadounidense
(Epígrafe en previsión)

17. La hora del rendimiento de cuentas ante la justicia
(Epígrafe en previsión)

18. Un caótico juicio con sentencia de muerte
(Epígrafe en previsión)
(Cobertura informativa hasta 9/4/2003)